

Ac. Esp. II-172

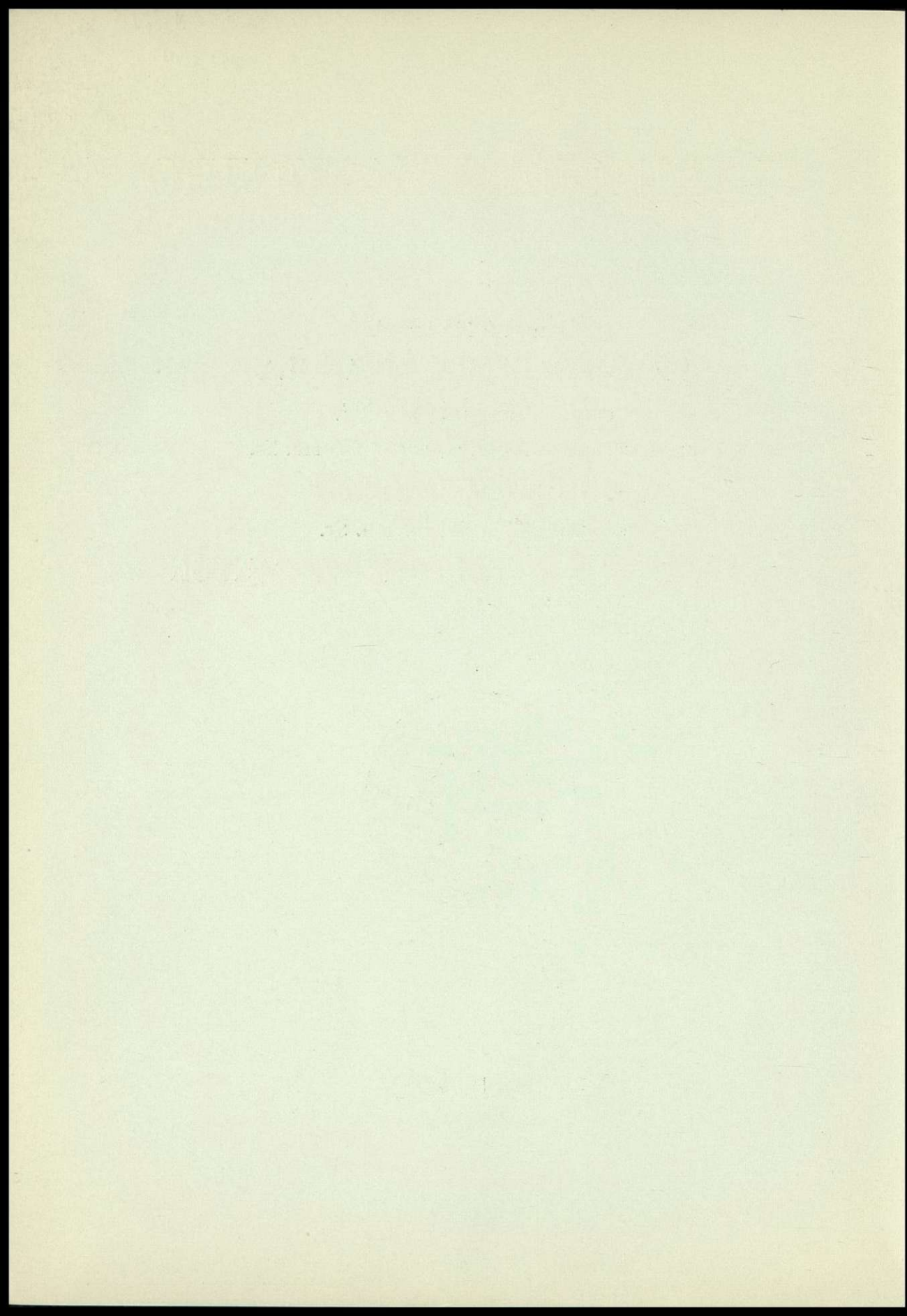
Dupl

EL LENGUAJE MARINERO

Discurso leído ante la
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
el día 23 de junio de 1963,
en su recepción pública, por el Excmo. Sr.
D. JULIO F. GUILLEN
y contestación del Excmo. Sr.
D. FRANCISCO JAVIER SANCHEZ-CANTON



MADRID
1963



EL LENGUAJE MARINERO

Discurso leído ante la
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
el día 23 de junio de 1963,
en su recepción pública, por el Excmo. Sr.
D. JULIO F. GUILLEN
y contestación del Excmo. Sr.
D. FRANCISCO JAVIER SANCHEZ-CANTON



MADRID

1963

EL LENGUAJE MARINERO

Discurso leído ante la

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

el día 23 de junio de 1963.

en su recepción pública por el Excmo. Sr.

D. JULIO F. GUILLEN

y condecoración del Excmo. Sr.

D. FRANCISCO JAVIER SANCHEZ-CANTON

DEPÓSITO LEGAL: M. 8.091-1963.



MADRID

TALLERES GRÁFICOS DEL MINISTERIO DE MARINA

EL LENGUAJE MARINERO

DISCURSO

DEL EXCMO. SR.

D. JULIO F. GUILLEN Y TATO

DISCURSO
DEL EXCMO SR.
D. JULIO F. GUILLEN Y TATO

EL LENGUAJE MARINERO

*...los cultivadores del patrio lenguaje
y los guardadores de las glorias históricas
son hermanos.*

EL MARQUÉS DE MOLÍNS.

Señores Académicos:

GUSTO de seguir, en todo lo compatible con la vida académica, las prácticas sencillas de la convivencia y, muy particularmente, las corteses de la vida marinera en que me formé; así, en la calle del León, como Secretario de aquella Academia, como el Segundo —no en jerarquía, sino en el rutinario quehacer— de ella, recibo y despido en el ascensor a mi Director, como haría con el Comandante de mi buque junto al portalón; mínimo precepto del ceremonial marítimo, alquitarado en más de siete siglos, que revela a los porteros que “aún hay clases”, y por mi parte constituye muestra de reverente acatamiento y respeto a quien por tantas consideraciones es mi superior.

Traigo esto a colación en este acto, porque la misma cortesía me obligaba con nuestro Decano, el señor Duque de Maura, que era siempre el primero en llegar a la junta de los viernes, y ello me daba ocasión de departir unos minutos con él, con aquel exquisito trato que siempre me mostró quien compuso su armería ducal blasonando tres anclas en uno de sus cuarteles, símbolo de la intervención de su ilustre padre en la Ley de Escuadra; gratísimas conversaciones en las que con frecuencia aludía a su firme y amable convicción de que estos momentos que ahora vivo no tardarían en llegar, y hasta recuerdo conmovido

que sus últimas palabras al despedirle el 30 de noviembre pasado en su postrera asistencia a la Academia, cuando ya su lucidez era rara, fueron para confirmarme su voto a la candidatura mía, que por entonces se barruntaba.

Comprenderéis que al agradeceros la elección que aquí me trae, mi recuerdo y elogio a quien ostentó la medalla que desde hoy constituirá prenda patente de vuestra benevolencia, tenga acentos de sincera emoción, sólo comparables, aunque sin su elocuencia y saber, a las que pronunció nuestro venerado Obispo Patriarca hace más de treinta años en análoga circunstancia de ingresar en esta Casa, en la vacante del ilustre D. Antonio Maura. que fué precisamente el inspirador de su futura investidura académica; como si padre e hijo extremasen su proverbial cortesía hasta el punto de ceder materialmente el sillón, extremo inusitado y tan de sorprender, cuando en los modos de hoy día ya no se practican finezas de éstas ni con las señoras.



El entonces Conde de la Mortera, D. Gabriel Maura y Gamazo, que en 1930, años después del fallecimiento de su padre, el preclaro hombre de Estado de egregia resonancia en esta Casa, que presidió, recibió la augusta gracia del ducado con la denominación de su apellido, cuando pertenecía ya desde 1912 a la Real Academia de la Historia, fué elegido por esta Española el 23 de abril de 1919, y tomó posesión el 18 de enero del siguiente del sillón que había ocupado Mesoneros Romanos, leyendo un discurso sobre "Algunos testimonios literarios e históricos contra la falsa tesis de la decadencia española", al que precedieron los elogios de D. José de Echegaray y de D. Julio Burell, sus predecesores, pues este último no llegó a ocupar el sillón, ya que le sobrevino la muerte muy pocas semanas después de su elección; le contestó, en representación del Cuerpo, el Marqués de Figueroa, quien al encomiar sus escritos los reputó atinadamente como *suma de perfecciones que se cifran en el buen decir, y por él se recomiendan a la gratitud y al encomio.*

El dominio de la palabra, que heredó de su padre, por él venerado, y esta suma de perfecciones en el escribir fueron méritos más que suficientes para poder honrar con el tiempo la medalla corporativa de esta decana de las Reales Academias, hasta el punto que de su pluma dijo Sánchez Cantón, cuyo raro tino en las necrologías es ya proverbial, que fué *admirable prosista, de la estirpe de los Hurtado de Mendoza, Melo, Saavedra Fajardo y Quevedo; como ellos —prosiguió—, con puntos de conceptismo, que de propósito manejaba, sobre todo cuando refería sucesos viejos a acaecimientos contemporáneos, juego al que era muy dado.*

Jesús Pabón, a quien contestó en su ingreso en la Academia hermana, en sustancioso comentario de despedida a quien denominó “último maurista”, con la agudeza contundente y ática que le caracteriza, publicó la pasión política del Duque —dentro o apartada de ella, identificado siempre con su padre—, testigo desde su alto mirador de la historia contemporánea, y cómo su alejamiento de ella y del bufete le permitió ampliamente el dedicarse de lleno a su otra pasión de historiador.

Quien fué su colaborador y amigo, nuestro compañero Fernández Almagro, os perfiló, a raíz de su muerte, la figura que en lo literario fué este gran desaparecido, de vida académica verdaderamente ejemplar, fallecido pocos días antes de poder celebrar sus bodas de oro en la de la Historia, siendo su Decano y ocupando el segundo puesto en vuestro escalafón.

Todos exaltaron su bondad, trato exquisito y cordial, auténtico señorío; monárquico sin reservas, sincero creyente, cuya bondad le hizo practicar, pródigo, la caridad, que es la virtud que por amor de Dios más acerca al cielo: gloria imperecedera deseada para él por cuantos le conocimos.

Como Numerario contestó aquí a los discursos de ingreso del P. Riber, su paisano; del Duque de Alba, de Azorín —a quien ya entonces retrató demostrando así su agudeza: *Leía tanto que había perdido el hábito de hablar, y hasta los monosílabos se le antojaban derroche*— y, últimamente, de Cotarelo. Las palabras dedicadas a éste pueden aplicarse, con toda justicia, a nuestro desaparecido e inolvidable Duque de Maura:

Los linajes del talento —proclamó— no ceden en calidad a

ningún otro de cuantos transmiten herencias de fama: y la nobleza literaria obliga tanto como la de sangre, aun cuando tampoco sea frecuente hallar bien cumplida esta excelsa obligación social.



Acudo ante vosotros con humildad y con la alborozada satisfacción puesta de manifiesto en mi rapidez por incorporarme a vuestras tareas, diligencia que mi antecesor, el Duque, extremó por cortesía, que imito; y al pretender pulsar la tecla del agradecimiento me acuden en tropel a la memoria caudales de párrafos de aquellas oraciones gratulatorias que, hasta la reorganización de 1847, eran preceptivas para tomar posesión de un sillón en la antigua sede de la calle de Valverde, ocasión propicia para que nuestros engolados predecesores agotasen bien a fondo el pañol de sus latines, aun a costa de olvidar que Cicerón notó defectos hasta en el mucho agradecer, porque el raro escollo de la gratitud era precisamente el tema obligado del discurso, aunque al dirigirse a tan venerable senado todos sintieran el mismo embarazo de Plinio para hablar de Trajano Augusto, y, siguiendo a Séneca, pensasen que quien publica la fineza tiene andado lo más para ser agradecido.

Sin posibles retóricas ni latines que estrujarme, vengo obligado y rendido a ocupar mi puesto sin la arrogancia del capitán que pisa fuerte la cubierta, y un tanto con el temor del polizón, pero ajeno a lo que el P. Batllori denominó no ha mucho el *tópico académico de las falsas modestias*.

Bien quisiera, señores, puesto que es forzoso el leer, que cuanto tengo que decir careciese del énfasis del discurso para adoptar la llana franqueza de una carta, género literario sobre el cual ya trató en este mismo sitio y ocasión el inolvidable Llanos Torriglia; forma de elocución que cuadra bien a los marinos que, por fuerza de la movida profesión, manejamos íntimamente la pluma tal vez más que en ninguna otra, y con la ventaja de que al *chorrear* ella —como decía Vargas Ponce— surjan las ideas y asuntos libres, sinceros y sin posible corrección que engole el curso epistolar que fluye incontenible, vencida la incertidumbre de la primera estrepada, para relatar im-

presiones de una vida frecuentemente distinta cada día y en cada lugar.

Aceptad esta breve lectura mía seguro de que cuatro lustros de vida académica en el cuerpo literario hermano no conseguirán ni el aplomo que dan los años ni la seguridad y desenvoltura que alcanza la experiencia y, así, llego a vuestra asamblea con la vacilación del bisoño, aunque alentado en este trámite con la afirmación de un ilustre historiador académico, que me dijo: *nadie pasó a la inmortalidad por su discurso de ingreso.*

Por ello os traigo el tema sencillo, con más afán que ciencia, sin ringorrangos ni vanidades de erudición, gratísimo para mí, y aun obligado por mi condición de Oficial de Marina, del peculiar lenguaje marineró, poco conocido en su auténtica entraña tierra adentro y que posee el más rico vocabulario entre las jergas de cualquier oficio o profesión por haber sido la Marina todo un mundo, y aún aislado.

Trataré, pues, del lenguaje que sobre el agua se crió y oreó, siguiendo a Lope en su "Arenal de Sevilla", cuando hizo decir:

Mas, siendo del mar soldados,
puesto en razón ha de estar
que los soldados del mar
tengan los gustos aguados.



Un viejo refrán, que refleja la poca inquietud marítima de la política castellana, dice:

Hablar de la mar,
y en ella no entrar

repugnancia que más tarde daría ocasión al que con espíritu suicida afirmaría:

La mar para los peces
y ... para los ingleses.

Hablemos, sin embargo, de la mar, y hasta entremos en ella, sin temor a perder el pie.

Lo primero que se me ocurre es discurrir sobre su género, que en latín es neutro; y en francés, catalán y valenciano, fe-

menino; así, el italiano tiene que dar un enorme salto hasta Galicia y Portugal para hallar su congénere exclusivamente masculino.

En castellano, el diccionario afirma que es ambiguo, como ya se aprecia en el “poema de Mío Cid”:

Las gentes afryanas — fueron luego juntadas,
al puerto de la mar — fueron todas llegadas.
e del otra parte a ojo han el mar.

y cuando se está en Valencia expresa *mar salada*.

Lo mismo mezcla el “Libro de Alexandre”:

Teniel mar en medio a la tierra cercada.
Contra la mar la tierra non semeiaba nada,

Así como Juan de Mena en el “Laberinto de Fortuna”, tal vez influenciado por el neutro de los versos de Virgilio:

... furia del mar

dice en uno; y en otro con notoria falta de concordancia:

... los mares sobervias e fondas

Entre los textos en que aparece el masculino, citemos al Arcipreste de Hita:

Estrella del Mar, puerto de folgura

—exclama en “Loores de Santa María”—:

de dolor complido e de tristura,
¡Venme librar e conotar,
Señora del altura!

Para Juan de Timoneda lo es también:

Veo las ovejas
orillas del mar,
no veo pastor
que me hace pensar.

Y no faltan escritores “de secano”, como “el Tostado”, que adoptan el mismo género.

Pero justo es señalar que abundan más los partidarios del femenino:

que pasar la mar salada...

.....

pasar quiero yo la mar...

... e las aguas de la mar

aparece en varios versos del “Poema de Alfonso XI”, con esa *la* que parece hacerla mayor, muy especialmente al invocar Rodrigo Yañes:

¡ Señor sodes de los puertos
e rey de toda la mar!

Por la mar ando, Señora, dice el remoto romance así encabezado; y *la mar* aparece en Berceo, en la “Crónica de los Reyes de Navarra”, del Príncipe de Viana; en Gómez Manrique:

pues no pueden reposar
noche ninguna
recelando la fortuna
de la mar.

Como en la “Danza de la Muerte”:

A quien dejaré todas mis riquezas
e mercaderías que haygo en la mar?

Mosen Valera, y Gámez —el autor de “El Victorial”—, como marinos, siguen esta inclinación, y es curioso que “Las Partidas” se incluyan en esta tendencia al femenino:

...maravillosa cosa son los fechos de la mar...

...la guerra en la mar es cosa desamparada...

y tan sólo falla al hacer la conocida comparación:

...cabalgaduras son los navíos a los que van sobre el mar...

Y habla del *fecho de la mar*, esa política ultramarina —entonces africana— que intuyó su padre, San Fernando, y que

le inspiró para su fomento la creación de la Orden de Santa María de España.

Casi todas las crónicas adoptan este género femenino, tales: la "Primera General", de Alfonso X; la "Abreviada", de Valera; la de Alfonso XI; las dos de López de Ayala, de Pedro I y D. Enrique II; la del Halconero de este último rey, así como la de Ridríguez de Almela: "Valerio de las Historias".

Y debo subrayar el mismo camino seguido por muchísimos romances:

Marinero que la manda
diciendo viene un cantar
que la mar facía calma,
los vientos hace amainar.

dice el del "Conde Arnaldos":

... Por la mar ando, Señora, hecho un terrible cosario...

se lee en el "de la Reina Elena", quien:

...con trescientas de sus damas a la mar se había llegado...

y en el anónimo:

El moro que me prendiera
allende la mar m'envía;

Al describir la batalla de Ponça, el marqués de Santillana señaló así su mortandad:

Ca unos caían en la mar llagados,
e otros en pronto las vidas perdían,

En el de Montesinos:

Cata las aguas del Duero
do van a dar en la mar;

A Gil Vicente, a pesar de ser portugués, no se le oculta este género, que resulta más ampuloso que el masculino, y al cantar:

que se iban mis amores
a las islas de la mar,

muestra bien a las claras su perfecta posesión del castellano.

Podríamos citar más composiciones, como las "Lamentaciones de amor", de Garci Sánchez de Badajoz:

¡Oh fortuna de la mar
que trastornas mil navíos
a do vengo,

y no pocos romances, aunque lo marítimo no igualó ni a lo amoroso ni a lo épico y bucólico en nuestra literatura, cual los del Rey Don Rodrigo, y la "Batalla de los Alporchones".

Baste todo ello para desvirtuar la creencia bastante divulgada de que en lo antiguo usaron siempre el masculino.

Podemos afirmar asimismo que tanto en los refranes como en las locuciones adverbiales más remotas se prefirió el tan asendereado femenino, tales que:

Pelillos a la mar; a la mar, madera; plantar pinos en la mar; quien no sepa rezar, métase en la mar...

Y tantísimos más, que tiene recogidos mi compañero Gella Iturriaga, bien conocido en esta casa.

Los cantares muestran la predilección popular por la forma femenina, como en:

Ojos verdes son la mar;
ojos azules, el cielo;
ojos castaños, la muerte,
y ojos negros, el infierno.

y cientos más, aunque los poetas de todos los tiempos jugaron con la ambigüedad para evitar la sinéresis.

Así, este mismo verdor lo trata Bécquer —que por cierto quiso ser Piloto— de este modo:

Porque son, niña, tus ojos
verdes como el mar te quejas

.....

En realidad, los marinos damos el femenino cuando la mencionamos en abstracto: *salir o hacerse a la mar; en la mar a*

tantos de tantos, que es como fechamos en ella los escritos; *diezmos de la mar*; *sabidores de la mar*, y aún... las *andanzas de la mar*, como reza la "General Estoria".

Cuando nos referimos a la totalidad de los océanos: *alta mar*, *Príncipe de la Mar*, como lo fué D. Filiberto de Saboya, el sobrino de Felipe II; *Almirante de la Mar* era el Conde Guarrinos del romance.

Capitán Mayor de la Mar fué Pero Niño; *Almirante Mayor de la Mar* lo fueron los de Castilla hasta Alonso Henríquez (1405), y en la "Crónica rimada" de Rodrigo Yáñez se lee:

En mi palacio entrava
E yva descaualgar
Alfon jufre se lamaba
Almirante de la Mar.

En el "Amadís de Gaula", sin embargo, hay una contradicción:

¿Por qué, dijo ella, lo llamáis el Doncel del Mar?

Pero en la respuesta rectifica:

Porque en la mar nació, dijo Gandales, cuando yo de la Bretaña venía.

Y el femenino mandaba tanto que hasta se dijo Capitán General de *la Mar Océana*, y *Mar Océana* escribió Juan de Mena.

Cuando nos referimos a su estado y movimiento en *mar bella*, *mar llana*, *mar cavada*, que ya cita "El Victorial", *mar gruesa*, *mar picada*, *arbolada*, *rizada*, etc.

Empleamos, por el contrario, el masculino cuando nos referimos a cada una de las partes en que se divide: mar Mediterráneo, Adriático, Tirreno...

Sin embargo, antiguamente privaba aún en esto el femenino. Como en "De Cosario a cosario", de Lope:

Pasó el sol la mar de España
Para venir a la nuestra...

La Mar del Sur denominó al Pacífico su descubridor, Núñez de Balboa, y aún subsisten *Mar Chica*, *Santa Cruz de Mar Pequeña*; con la excepción un tanto inexplicable del mar Menor, por los murcianos.

Considerado en su profundidad, con cierto sentido vertical o interior de ella, lo hacemos también en masculino; agua *del mar*, bañarnos *en el mar*, sumergirnos *en el mar*, tal vez porque pensemos en el particular que tenemos a la vista o estamos navegando.

En la mar, pues, es sobre ella; *en el mar* es dentro o casi dentro de ella.

También distinguimos en el género algo de la acción que se ejecuta: *ir a la mar* es adentrarse, que también decimos salir, navegando hacia alta mar, o mar en fuera, como decía antes; *ir al mar*, en cambio, lo efectúa el que en tierra camina hacia su confín, que es la orilla.

La mar en abstracto carece lógicamente de plural; sin embargo,

Ay, que ya presurosos
Suben las largas naves. ¡Ay, que tienden
Los brazos vigorosos
A los remos, y encienden
Las mares espumosas por do hienden!

escribió por licencia poética, en la "Profecía del Tajo", fray Luis de León, y el citado romance del Conde Guarinos asimismo la pluraliza, aun sin perder el género femenino, en la más conocida de sus estrofas.

¡Mala la uistes, franceses, la caza de Roncesvalles!
Don Carlos perdió la honra, murieron los doce Pares,
Cautivaron a Guarinos, Almirante de las Mares.

Y en nuestros días, el admirado Pemán, en su himno, que resultó profético, al crucero "Balears" escribió entre espumas de su vena poética:

Novios de los altamares,

.....

Todo lo expuesto carece, naturalmente, de una rígida preceptiva general; pero en el acertado aliño de todo ello radica el que desde el punto de vista marinero consideremos castiza o no una locución; porque el querer hablar o escribir a lo marinesco no consiste en llamar remos a las piernas, pañol al estómago y otras lindezas que caricaturizan como “lobo de mar” —barbarismo inaceptable y, para mí, peyorativo— a ese sector que en nuestra legislación se le ha denominado por antonomasia “la honrada clase de hombres de mar”.

Pero bueno será insistir, para cerrar esta eutrapelia genérica, que los marinos decimos siempre que podemos *la mar*, apoyando este artículo en una *a* grande y grave, como en un deseo de llenarse la boca con su inmensidad salada, que en mi valenciano vernáculo tiene su máxima expresión, casi con placer fonético, y esa legítima arquitectura silábica que concedía Gabriel Miró a la *ò grande* y rotunda de mi tierra.

Y es raro que mi venerado y llorado paisano que de la de beber escribió:

... tan femenina es el agua, que luego nos arrebatara el placer de poseerla.

y hasta el cántaro rubio y tierno que la contiene en los vasos del campo alicantino lo pintó de caderas finas y húmedas, empapado de ese carácter femíneo, él que, además, gustaba tanto de las voces expresivas de la huerta y del monte, que hasta escribió *la vall*, por el valle; él, en fin, que adoptó por ex-libris el puerto que nos vió nacer, no le diese el género que yo defiendo...

... con el mar hondo, cavado bajo las ruedas —dice también en “Años y Leguas”, viajero en el tren de la costa— un mar ya solitario, como si se viese desde la proa de un bergantín...

Páginas antes había discurrido al vislumbrarlo:

El mar remoto es de piedra azul, y en medio, inmóvil, con las alas rectas, arde toda blanca la anunciación de un falucha.

Mas, sin embargo, cuando quiere impresionar por la vasta inmensidad, de la que denominó *superficie de todas las exaltaciones de Sigüenza*; su personaje, exclama como en un sincero arrepentimiento:

¡Ni una carta suya desde que se marchó por la carretera y pasó la mar!

Del mar y la mar, puedo resumir con lo que resolvemos los marinos en punto a la ambigüedad de canal; para nosotros, el paso cuyos límites navegables no se ven, aunque se señalen con boyas o balizas, es femenino; si está materializado visiblemente por costas fronteras, es masculino; por ello se entra en La Carraca navegando *por la canal* de la bahía, y, en cambio, cruzamos o pasamos *el canal* de la Mancha y el de Suez o Panamá. Sutilidad muy característica del marino en ese afán de precisión del lenguaje que los tiempos modernos, como una exaltación de lo equívoco, nos están haciendo olvidar.



Esta agudeza en el modo de expresarnos se complementa con el poder disponer de un vocabulario que casi podría calificar —sin encarecer la verdad— de exuberante, pues el marino, dentro del genio y regusto del idioma, tiene esa amplísima facilidad, casi ilimitada, para aumentar su arsenal lingüístico, que según nuestro ilustre Director, el maestro Menéndez Pidal, tenían los germanos para crear nombres.

Juguemos a modo de divertimento —y discurrid mientras como cualquiera otra no tolera la comparación— con la voz mar, y la gama enorme de derivados al intervenir como prefijo o sirviendo de sufijo.

Surge, por lo pronto, *marino*, que es quien se ejercita en la náutica y el que sirve en la marina; pero en esto último habría que precisar un tanto, porque nosotros no comprendemos en esa voz al hombre de mar: al marinero. Además, es lo perteneciente a la mar; confundiéndose aparentemente con *marítimo*, siguiendo al DRAE, que expresa:

Perteneciente al mar; o por su naturaleza, como pez, concha; o por su cercanía, como costa, puerto, población; o por su relación política, como poder, comercio, etc., y se presta a que discurramos un tanto para evitar esa anfibología de la que huye siempre, por afán de precisión, lo marinerero.

Aplicamos, en efecto, *marino*, como adjetivo, cuando entraña algo dentro de la mar, y en el doble sentido de extensión (adentrado en la mar: mar adentro, etc.) y la vulgar de profundidad. Así decimos *sal marina, fondos marinos, algas marinas*, y, en cambio, damos a *marítimo* un sentido que encierra la idea de confín, costanero, o sea proximidad, que especifica nuestro diccionario, como *zona marítimo-terrestre, pino marítimo, policía marítima, sanidad marítima...*

De su propia naturaleza o de sus efectos se derivan:

*Marea**, que además de las seis acepciones del diccionario, entre los pescadores es la pesca que se captura en una salida a la mar.

Marejada, que sirve también, figuradamente, para significar la exaltación sorda de ánimos que con frecuencia precede al alboroto; *marejadilla**, olvidada por el diccionario, pues no es tan sólo un diminutivo, sino un estado de la mar, una magnitud de la escala internacional del oleaje perfectamente determinada; *marola, marullo, mareta*, que es el único diminutivo que admite mar como efecto y que tiene también dos acepciones familiares más, traslaticias; *maretazo, maremagno; mareamiento y mareo; mareógrafo; marero*, lo contrario que terrenal, o sea el viento que viene de la mar, que comunmente se confunde con *brisa*, que para nosotros es sólo el NE; *marisco*, que sólo existe en castellano, pues por ahí fuera tienen que decir "fruto de mar", y su variante *marismo** que vemos empleada por D. Francisco Trillo en su "Fábula de Leandro":

No hay concha, marismo, o piedra
Que, por las ondas lamiendo
La novedad esparcida
No produzca amores nuevos.

* El asterisco significa que la voz o la acepción no está incluida en el Diccionario de la Real Academia Española.

Como en el "Romance Heroico a la ambición de los que navegan",

Y a veces tantos marismos
Entre la resaca arroja,
Que red el mar de sí mismo
Parece en nadante copia.

En realidad, el delicioso marisco no tuvo la amplia geografía coquinaria que hoy disfruta, sino desde que la industria frigorífica permitió el traslado a gran distancia de carne tan propensa a abombarse; la ignorancia de su naturaleza pudo permitir a Pedro de Espinosa este gracioso desliz en su "Navegación de San Raimundo desde Mallorca a Barcelona":

Arrojan los delfines
Por las narices blanca espuma en arco,
Y destilando de las verdes crines
Aljófara, las nereidas asomaron,
Y las dulces sirenas
Sobre pintadas conchas de ballenas.

Mariscar; *mariscador*, que es el que marisquea, mientras *marisqueero**, es el que vende tan succulentos invertebrados; *mariscada**, *marisquería**, *marisma*, *marismeño* y *marismo*.

Si nos contraemos a cuanto pueda acontecer en la mar y su oficio, tenemos:

*Mareaje**, que además de las dos acepciones insertas en el diccionario es el conjunto de pertrechos y matalotaje para poder navegar; *marear**, en el sentido de navegar y averiarse los géneros en el mar, pero es, además, avezar a la mar a una tripulación, voz muy empleada por Mazarredo; *marengo**, que además de jabegote es, en Málaga, ese típico pescadero callejero que va en jarras con sus banastas pendientes de los brazos; *marina*; *marinaje*; *marinante*; *marinar*, cuya primera acepción, la culinaria, no especifica el DRAE y que estimo equivale a escabechar; *marinear**, que además de ejercitar el oficio de marinero es trepar, gatear por un cabo o palo; *marinera*, que no sólo es una prenda de vestir, sino que en locución adverbial sirve para significar cierta sazón, modo, gusto y guiso, porque se dice arroz o comida *a la marinera* y no *a lo marinero*; *ma-*

rinerado; *marinerazo* y *marinerote*, su sinónimo, pues entre nosotros no es despectivo como soldadote o generalote; *marinería*; *marinero*, *marinesco*; *marinista*, *submarinista*; *amarar*, *amaraje*, *enmarar*... *maremoto*...

Sin olvidar: *tajamar*, *guardamar*, *ultramar*, *pleamar*, *bajamar*, *ultramarino* y *brazomar* —usado por Amós de Escalante.

Y, finalmente, algo que hallé en El Escorial, en un manuscrito del siglo XIV, que trata de la navegación de Flandes: *maritornar**, el tornaviaje por mar, verbo que conocería Cervantes y que debió de inspirarle para bautizar su Maritornes.

Esta gran capacidad de derivar voces puede observarse con *pesca*, a cuyas acepciones hay que agregar otra, pues la tercera (lo que se pesca o se ha pescado) habría de variarla al igual que en caza, en el sentido de conjunto de peces, se pesquen o no, como al decir *abunda la pesca*; *pescado*, *pescada*, *pescadero*, *pescador*; *pescadora* (prenda), *pescadería*, *pescadilla*; *pescante*; *pescar*, que se emplea también en el sentido de coger en *pescar agua**, locución que equivale a sondar, al decir que en tal lugar se pescan cuatro brazas de agua; *pesquería*; *pesquera*; *despesca**, que es capturar la pesca que existe desde el año anterior en el estero de una salina, así como la típica fiesta gaditana, llamada igualmente que con este motivo se organiza comiendo el pescado que se dice *de teja*; *despescar*, que tiene la autoridad de Sarmiento, Comisario de Marina, como el ilustre Sañez Reguart, que redactó las "Ordenanzas de Pesca" de Pontevedra; *repescar**, y *sobrepesca**, palabra que la economía moderna alude a pescar más de lo que conviene para la conservación de la riqueza pesquera.



La formación libre y la evolución del habla marinera, que careció de preceptiva escrita, como carece aún de enseñanza y de diccionario oficial, tuvo determinantes y matices peculiares, fáciles de considerar.

Fundamentalmente recordemos que al comenzar la baja Edad Media, cuando ya las lenguas romances estaban cuajadas, existían dos marinas distintas, independientes de los rei-

nos, y con un antagonismo que no desapareció hasta que una de ellas quedó abolida casi a mitad del siglo XVIII: la marina de remo y la marina de vela.

Aquella, eminentemente militar y mediterránea, compuesta por la gran familia de las galeras, con sus *galeazas*, *galeotas*, *fustas*, *saetías*, *fragatas** y *bergantines**; ésta más apropiada al marchanteo, pesca de altura y corso, con *naos*, *carabelas*, *cocas* y *carracas*, aunque no exclusivas del Atlántico, para nosotros, hasta el siglo XIV, actividad casi reducida al Cantábrico, con trato comercial frecuentísimo y regular con los puertos del mar del Norte, a donde transportaban las clásicas mercaderías castellanas: lana, hierro, vino y cera, mientras que nuestra marina mediterránea, la de la confederación aragonesa, traficaba hasta lo que hoy dicen "Oriente Medio" y que siempre se denominó Levante.

Ambas marinas, independientemente del idioma o dialecto vernáculo, tenían su propio y exclusivo vocabulario, ambos con enorme influencia extraña que los iba enriqueciendo, porque no sólo existía el contacto con lo extranjero al tocar en puerto en sus escalas, sino que lo heterogéneo de sus tripulaciones hacía que este contacto fuese continuo y persistente.

Particularmente, en las galeras, la chusma ejerció notable influencia, como todos aquellos desgraciados que, aun siendo gente de pro —como D. García de Toledo—, habían servido al remo muchos años en naves turcas o berberiscas; ejemplo de esto es la voz *gurapa*, que empleó Cervantes, como muchos autores de la literatura picaresca, y que es el nombre que daban los turcos a la galera; también es buena prueba la saloma que transcribió el licenciado Salazar y publicó Fernández Duro, que está en la "lengua franca" que se chapurreaba por todo el Mediterráneo, de la que sólo transcribo, como muestra, los primeros versos:

Buizá
o dió —ayuta noy
o que somo —ben servir
o la fede —mantenir
o la fede —de cristiano
o malmeta —lo pagano
sconfondi —ysarrahin

torchi y mori —gran mastín
o fillioli —dabrahin
o non credono —que ben sía
.....

que prueba que se mantenía esta influencia aun fuera de las galeras, ya que Salazar describía su navegación a la isla Española a bordo de una nao por 1573.

En cada reino —Castilla y Aragón—, además de estos dos grandes grupos lingüísticos, la pesca —salvo la de la ballena y después del bacalao—, reducida a la de *bajura* (1), pues los artes de arrastre comenzaron muy entrado el siglo XVIII, produjo núcleos lingüísticos regionales paralelamente a los dialectos peninsulares, que fijaron un sinfín de términos autóctonos o arcaicos sin gran influencia mutua, incluso en los vecinos.

En algunas de estas áreas regionales aparecen como rancho aparte otros subgrupos tecnológicos como consecuencia de la práctica preponderante de algún arte particular de pesca; entre éstos puede citarse el del coral, en Cataluña; pero muy especialmente la almadraba, en cuyo mundillo abundan voces y locuciones remotísimas y exclusivas, tal que: *arráez**, *sota-arráez**, *acurullador**, *almocero**, *paralero**, *almocaen**, *alcanela**, *manión**, *antitola**, *mascarana**, *bordonal**, *mojarra**...., que ningún marino ajeno a esta pesquera puede desentrañar, sin contar con los términos de su complicada maniobra, cuyas faenas de fuerza aún emplean salomas medioevales para aunar el esfuerzo.

Esta verdadera torre de Babel que constituye el conjunto tecnológico de nuestras dilatadas costas en dos mares distintos, la comprueban fácilmente los naturalistas, que en muchas especies se encuentran con tantos nombres de peces casi como riberas y ensenadas. Citemos, más que por su cantidad de sinónimos por el encanto de éstos, al *pez espada*, que dicen *emperador* por nuestro Levante, y aun *marroc*, tal vez por confusión de "marraix". que es marrajo; *espadarte* y *xibarte*, por Galicia, y *aguja palá*, por el saco de Cádiz, especialmente por Huelva, que es donde, además, se guisa mejor. En esta abun-

(1) *Bajura**, por contra de *altura*, es la pesca que se practica sin perder la costa de vista; las Ordenanzas de la Cofradía de Pescadores de San Pedro, de Bermeo (1353), ya la dicen así: ... *cuando las pinazas son a la bajura*...

dante sinonimia no faltan, para mayor confusión, los verdaderos homónimos, como sucede con *besugo*, que da nombre a especies del Cantábrico y de Cataluña que poco tienen de común.

La unión de las coronas de Castilla y de Aragón, y la aparición del peligro turco, polarizaron aún más en el Mediterráneo la actividad de las galeras, mientras que el descubrimiento de América generalizó la actividad atlántica de la marina de vela, que pudiéramos denominar oficial, además de la de guerra, pues ésta, en realidad, no existía tal como hoy la comprendemos, sino que era por asiento, es decir, contratada o alquilada. Bazán, por ejemplo, no fué sino un gran armador de naves de guerra que fletaba al Estado con su propia persona como General de ellas.

Esta integración política tuvo la natural influencia en la formación de lo que ya podemos denominar el español marino, pero subsistieron los dos grandes grupos de la vela y el remo.

Aquél fijó y terminó de castellanizar la tecnología de origen sajón importada por las navegaciones de los vizcaínos —que así se denominaban todos los del Cantábrico— como las dialectales nuestras, mientras que las galeras, ya reducidas al exclusivo uso guerrero y de guardacostas, ante la creciente y reversera actividad pirática, fueron como depósito enquistado de voces y maneras de ascendencia puramente clásica, con no pocos arabismos, cuya mayor parte constituyen hoy pura arqueología, porque los diccionarios son un tanto propensos a la cultedad y sus autores no bucearon por los modestos rincones de la costa, en donde muchas de estas voces y locuciones arcaicas que se consideran caducadas tienen aún vigencia bien patente.

Vargas Ponce, al tratar del desaparecido glosario que preparaba el Marqués de la Victoria, primer marino que perteneció a este Instituto que hoy me recibe, escribió que lo redactaba en aquella época *en que todavía no estaba olvidado ninguno de los términos españoles que fueron los primitivos del océano, y cuando todavía los del Mediterráneo no empezaban a estar fuera de uso...*

Nuestros clásicos del Siglo de Oro vivieron esta frontera lingüística que separaba dos hablas dentro del ámbito del es-

pañol marinerero; Cervantes y Lope de Vega son los egregios representantes de cada una de ellas. Cervantes, soldado en las galeras de Lepanto y cautivo en los temibles baños de Argel, usa un vocabulario que al marino de hoy le resulta extraño y erróneamente puede creerlo invadido de “terrestrismos”, como el decir banda diestra y siniestra, en lugar de babor y estribor, que jamás se pronunciaron en nuestras gurapas, además de *fierro, espalda, escandelar, estanterol* y otras voces que nada dicen ahora.

Lope, en cambio, combatiente en la Tercera y en la jornada de la que nosotros no bautizamos de “Invencible”, sino tan sólo con el optimismo de “la grande y venturosa Armada contra Inglaterra”, infortunio que no se puede evocar sin recordar al Duque de Maura, que aclaró dos de sus enigmas, como soldado de la del Mar Océano, emplea una terminología más inteligible por más afín con la actual.

En el respectivo uso de ella, Cervantes se muestra como más profundo conocedor de la entraña del habla de las galeras y se ofrece atinado en su manejo, aumentando la precisión de sus formidables relatos y descripciones; de su émulo, al que los marinos debemos agradecer “La Dragontea”, no podemos afirmar lo mismo; en “el Fénix” se advierte que, fascinado por un vocabulario tan vasto como sonoro, verdadera cantera de consonancias para su rima portentosa, se embriaga de él, como en estos versos de este mismo poema épico:

Rompe los amantillos y destroza
Brandales, chafaldetes, triza y troza
.....

Al mismo son de ¡larga! ¡amura! ¡a orza!
Como si fuera delicada alcorza.

Gustando con frecuencia de abusar del tecnicismo, como en:

Llevando a piezas la del viento vana,
Bauprés, trinquete, mástil y mesana.

y muy particularmente en la octava 271, que convierte en verdadero vocabulario:

Arde el bauprés, mesana, árbol, trinquetes
Como si fueran débiles tomizas,
Coronas, aparejos, chafaldetes,
Velas, escotas, brazas, trozas, trizas,
Brandales, racamentos, gallardetes,
Brioles y aflechates, son cenizas,
Amantillos, bolinas, y cajetas,
Estay, obencuduras y jaretas,

Culteranismo marítimo que le lleva a más de un ripio, tal vez distraído en el sempiterno juego de amar y crear que le achacó el por tantos conceptos para mí inolvidable doctor Marañón, como al descubrir el galeón de D. Diego de Avila:

Tenía que entre muchos celebrados
No le vió tal Florencia ni Lisboa,
Quinientas toneladas, y formados
Dos castillos en popa, y dos en proa.

Mal podrían los de Florencia, tan tierra adentro, ver un galeón, ni esta suerte de nave ostentaba más de un castillo a proa y el alcázar a popa, y aun la preposición *en* denota entre nosotros espurio "terrestrismo".

Y nada se diga de aquellos versos del "Laurel de Apolo" que dicen:

Huyendo con los músicos delfines
Las escamosas focas
Al centro de la mar medio abrazadas.

No escapan a este linaje de deslices las más de nuestros clásicos:

Ya el áncora mojada en proa estanca,

se lee en la "Austriada", de Rufo, y el Licenciado de Oña en "El Arauco Domado":

A orza, claman unos, vira, vira,
Amura, que se ve la arena gorda.
Otros arriba, amaina, ten, zaborda,
que está el furioso mar envuelto en ira.

Carrizada de disparates que demuestran que el anzuelo de los tecnicismos es más fácil de tragar que de digerir.



He aludido a la enorme tendencia a evitar los equívocos, multiplicando con tesón la precisión; esto hizo que al irse fundiendo en una las distintas tecnologías por el constante intercambio de constructores y tripulaciones, integradas ya, de capitán a paje, por gentes de todas las regiones, especialmente al crearse la Armada Real del Mar Océano, las voces sinónimas se emplearon para distinguir cosas distintas afín a su primitivo significado: así la pieza curva en que termina el casco por la proa, que se decía *roda* en gallego, *branque* en vasco, y *albitana* por Levante, proporcionó voces para precisar más el vocabulario, bautizando con ellas distintas piezas de tajamar; la *cofa* del Atlántico no aceptó como sinónimo la *gavia* de la marina aragonesa, y la empleó para designar la vela, entonces pequeña, que se largaba sobre ella.

Con ello, con la asimilación de tanto neologismo cosechado en la propia península, aumentó la marina española su bagaje lingüístico; pero la Armada del Océano no era única, existían otras autónomas y, en ocasiones, poco avenidas: las escuadras de Cantabria, de Galicia, de Portugal, de la Carrera de Indias, de Barlovento, amén de las flotas de Tierra Firme y de Nueva España; a esto hay que añadir que los astilleros, sin contar las atarazanas, todos eran particulares y carecían de un tecnicismo único, salvo en aquellas generalidades impuestas por las Ordenanzas que regulaban la fábrica de naos y los arcos desde que Felipe II instituyó el cargo de Superintendente para velar por la buena construcción.

La creación del Cuerpo General de la Armada, por Patiño; la de la Matrícula de Mar, por Ensenada, que también erigió los arsenales, la de las Academias de Pilotos y, al final del siglo XVIII, la apertura de Escuelas de Náutica, servidas por Oficiales de la Marina de Guerra, constituyeron los elementos que consiguieron la auténtica unidad lingüística de nuestra Marina en su amplio complejo guerrero, mercantil y pesquero, aun-

que con pequeños matices correspondientes a sus respectivas características; pero que esto se consiguió a costa de mucho tiempo, lo demuestra el que cuando en 1831 se editó un "Diccionario Marítimo" verdaderamente serio, aún inserta voces que, según apostilla, son propias de tal arsenal y desconocidas totalmente en otro.

Andalucía constituyó el crisol fundamental de esta integración lexicográfica; con San Fernando y Alfonso X, Sevilla y los puertos gaditanos, primero; confluencia después, con la guerra del moro, de galeras y naves, e incluso de armadas y escuadras castellanas y aragonesas; más tarde, las riberas del saco de Cádiz, con Moguer como foco marinero interesante; y, finalmente, Sevilla, al convertirse en la principal urbe marítima de su tiempo.

A esto hay que agregar la oleada de la expansión del arte de la jábega real que avanzó desde nuestro Levante hasta Galicia, y la catalano-valenciana, por la mitad del siglo XVIII, con sus parejas de bou, que alcanzaron incluso a la ría de El Ferrol, en cuya villa de Mugardos no hace mucho, cuando no existían vestigios de los clásicos *trincados**, largaban al viento su vela latina los faluchos con patrones de apellido catalán, verdaderos criollos en tierra gallega.



¿Y las Indias? ¿Cuál fué el resultado lingüístico, el impacto, como ahora se dice, de nuestra expansión ultramarina?

La influencia la recibimos ya en el primer contacto, tras la jornada del Descubrimiento, y se refleja en el resumen que del "Diario" del Almirante hizo el P. Las Casas, y pronto se generalizaron las voces caribes *hamaca*, *canoa*, *huracán* y *cayo*, como más tarde con el avance por el Seno Mejicano *petate*, *me-cate*, *cabuya* y *cabuyería* —que muchos escriben con *ll* en lugar de *y* creyéndola derivada de cabo.

Eran neologismos necesarios que además de sonar a nuestro gusto bautizaban cosas nuevas que íbamos hallando y adoptando, como el *huracán*, la borrasca violenta del Caribe, que por sus características particulares en el mar de China y en el

de las Filipinas tendrían respectivamente, los nombres privativos y precisos de *tifón* y *baguío*, como a los vientos periódicos del Indico los llamaríamos *monzon* (que carece de plural y es de género femenino, pues alude a la época de estos vientos, que por ignorancia se va convirtiendo en masculino), y cual el *tornado*, el ventarrón temible de Guinea, que no es un ciclón o de eje vertical, sino un raro y devastador torbellino que lo tiene horizontal.

Por entonces el habla marinera estaba ya en sazón, y el mencionado "Diario" de Colón, aún siendo extracto, es buena muestra de ello, con un avance enorme sobre "El Victorial" de Rui Gámez, anterior tan sólo en menos de un siglo.

Ya nuestro lenguaje peculiar poseía la sonoridad, la precisión y el encanto que producen ambas de consuno, y, por ello, lejos de influenciarnos con las nuevas lenguas y dialectos influyó en el criollo. Hoy día el pasajero carece de contacto con los marineros, y aun los viajes son cortos; pero en los tiempos de la vela, con largas travesías de algunas semanas y aun meses, los pasajeros, siempre en poco número, inferior desde luego al de la marinería, con la que materialmente convivía en continuo trato, desembarcaba captado por lo expresivo y rotundo del habla de a bordo, con buen bagaje de voces que enriquecería el vocabulario del pasajero, que iba así aumentando el del criollo.

Primero le sorprendería lo que debió de estimar monstruoso galimatías de a bordo; D. Antonio de Guevara trató en su donoso "Arte de marear y de los inventores della" *del bárbaro lenguaje que hablan en las galeras*, manifestando que los marinos *tan extremados son en el modo del hablar como en la manera del vivir*, concluyendo así el capítulo VIII, en el que inserta algunas voces: *Esta, pues, es la jerigonza que hablan en las galeras, de la cual, si todos los vocablos extremados hubiésemos aquí de poner, sería para nunca acabar. Baste concluir con nuestro tema —remata como en todos—, que la vida de la galera déla Dios a quien la quiera.*

Don Eugenio Salazar, en su carta al Licenciado Miranda de Ron, describiéndole el viaje que hizo a las Indias en 1573, quedó maravillado de oír la lengua marina, *la cual* —escribió—

yo no entendía más que el bambaló de los bramanes. Y aunque la lengua es malina y vuestra merced malino, no sé si habrá entendido todos los términos y vocables que he referido; si algunos se le fueren de vuelo, búsquelos en el vocabulario del Antonio, y de los que allí no hallare pida interpretación a los marineros de la villa de Illescas, donde se ejercita mucho esta lengua; y no me la pida a mí, que en aprender las voces, acentos y vocablos de este confuso lenguaje, sin entender las significaciones, pienso que he hecho más de diez tordos y veinte papagayos. Harto es que haya yo aprovechado tanto esta lengua en cuarenta días, como el estudiante de Lueches en cuatro años que estudió la lengua latina en la Universidad de Alcalá de Henares...

Ello es que, entre remilgos y chacotas, quedó prendido en tal lengua "malina", y lo propio sucedería a cuantos pasaban a Indias, hasta el punto que el primer vocabulario impreso conocido, muy anterior incluso a los extranjeros, no lo compiló un marino, sino todo un señor Oidor de Audiencia, D. Diego García de Palacio, quien siéndolo de la de Guatemala imprimió en México, por 1587, una "Instrucción Náutica". cuyo apéndice contiene el aludido glosario.

Análoga curiosidad despertó a otro sesudo varón de garna cha, D. Juan Avelló Valdés, Oidor de la Real Audiencia de Valladolid y Fiscal que fué anteriormente de la Casa de Contratación de Sevilla, el cual formó asimismo un diccionario que quiso dar a la prensa por 1673; sin olvidar el "Norte de la Contratación" (1672), la obra meritísima del juez de ella, don José de Veitia y Linage, que al final del libro insertó un glosario muy estimable. Todo ello constituye buena prueba de cómo tal lengua "malina" se hacía pegadiza a los pasajeros en flotas y naos de registro que iban a las Indias, y cómo esta corriente continua iba nutriendo por los núcleos criollos y cha petonas los futuros americanismos

Por esto el marino que viaja por América encuentra vi gentes en tierra numerosas voces marineras. Hace ya muchos años, estando en Bogotá, me sorprendió el que a los clavos de puerta, tachones grandes, tan sevillanos, pero que en Andalu cía carecen de nombre específico, los denominasen estope-

roles. Estoperol, en los buques antiguos, era tachuela, el clavo de cabeza ancha; este americanismo era fruto indudable de ese contagio lexicográfico que acabo de referir.

Di entonces en coleccionar estas voces corrientes por el Nuevo Mundo, incluso algunas de ellas ya en desuso entre nosotros —con esta misma de estoperol—, y ello dió lugar a un pequeño trabajo mío: “Algunos americanismos marineros de origen mariner”, que presenté al Congreso Cervantino de Sevilla en 1948, y que el profesor Kany, de la Universidad de California, ha acogido con benevolencia en su “American-Spanish Semantics”.

Sorprende que sean de uso corriente *piola*, *apiolar*, *abarrote*, *ancón*, por rincón, *badaza*, *bodega*, por tienda de víveres, con testimonios ciertos, como cuando dice el jesuíta P. Manuel Rodríguez en “El Marañón y Amazonas” (1684): *Entrase por estas montañas a los Reales de Minas [...] en unos pesados cavallos, que llaman matalotes...*, y otros en número extraordinario.

Pero es más sorprendente la cantidad de giros y locuciones auténticamente marineros, y muy especialmente, el que numerosos barbarismos corrientes en la península tengan allí atinados sinónimos marítimos, debido a su mayor conocimiento y uso del vocabulario de que os hablo; de tal modo que muchos americanismos no son sino arcaísmos marineros.

Baste recordar que en punto al ferrocarril, al tándem dicen *carbonera*; al talón, *flete*; al furgón de equipajes, *bodega*; los andenes son *muelles*, y no toman el tren, sino que *embarcan* en él; y cuando instalaron en los Andes un “telesquí”, o un “teleférico”, lo bautizaron recordando el lindo nombre de *andari-vel*, con esa desinencia casi cantarina, tan prodigada a bordo.



Claro es que en el lenguaje común, incluso sin alusión alguna a faenas y maniobras, el marino emplea voces muy peculiares en lugar de los sinónimos bien determinados de uso corriente en tierra; algunos, en realidad, son arcaísmos conservados vivos por nosotros, mientras cayeron en desuso en la

lengua española, otros son de formación y cosecha exclusivamente marinera.

Así decimos *halar* y no *tirar*; *izar*, por elevar o hacer subir algo; *arriar*, a lo contrario; *arrollar*, en lugar de enrollar; *tesar*, y no *tensar*; *amollar*, por aflojar; *de falondres*, por de repente; *gobernar*, por dirigir y timonear; *pasajero*, y no *viajero*; *encapillar*, a lo que se coloca por la cabeza o exige algo parecido, y aún sustituye a vestirse; *irse guardabajo*, a caer desde algo alto; *coger* es sinónimo de colocar y disponer, como *coger los cabos*, pues en su acepción corriente decimos siempre *agarrar*; las alfombras y sus congéneres son para nosotros *palletes*; como a las claraboyas decimos *lumbreras*, y a las velas para alumbrar *achotes*.

Hay voces que no tolera el buen hablar marinero y con cuyo uso resulta éste un tanto huero, como remar por *bogar*; mástil, para decir *palo*; áncora en vez de *ancla*; cuerda por *cabo*; *sondar* y no *sondear*, aunque existe la tendencia en admitir esa *e*, para mí antimarinera, como sucede con *garrar* —que es rastrar por el fondo el ancla defectuosamente fondeada—, que ya frecuentemente dicen *garrear*. Sin que olvidemos inútiles barbarismos, como “ojo de buey” por *portillo*, “maqueta” en lugar de *modelo*, cabina y no *camarote*, que, incluso sin la bendición del diccionario, están entrando ya hasta en las revistas profesionales, y muchas más de todo género que repele violentamente nuestro oído como impropias del hombre de mar, cuyo lenguaje hizo decir con exageración a Terreros *que es como de una nación totalmente extranjera*.



Existe también en el hablar marinero la repugnancia a usar la segunda persona del plural, muy particularmente en imperativo, cuando se manda algo, con lo que la orden resulta más tajante, tal que *¡embarca!*, en lugar de *embarcad*, y lo mismo *¡alza!*, *¡arranca!*, *¡cía!*, *¡para!*

En la tendencia a identificarse con el propio buque es muy usado el plural: *salimos*, *fondeamos*, *capeamos un tiempo...*, usándose el singular sólo por el patrón, capitán o comandante,

porque en un buque con razón se puede parodiar a Luis XIV y proclamar ¡el buque soy yo! Entonces dirá o escribirá: *sali, fondeé, capeé, arrié un bote, embarqué mil toneladas...* como si él sólo hubiese hecho las faenas, aunque requieran mucha gente.

Claro es que existen excepciones, como la de aquel Comandante jactancioso, pero a la postre pusilánime, que al dar parte de la pérdida de su buque escribió: *Salí a tal hora, remonté el cabo Tal..., etc.*, y claudicó con el plural como para diluir la responsabilidad diciendo: ... y a tal hora, *varamos*.

El verbo *tomar*, que tantas acepciones tiene en el idioma corriente, a bordo cobra insospechados matices, tanto en el sentido neutro y absoluto como en los significados comunes: *tomar un puerto, tomar rizos, tomar barlovento...*

Y aún decimos que *se toma el tiempo*, o el horizonte, o la boca de un puerto cuando se oscurecen o se cubren por cerrazón o nubes, y *tomar un agua*, naturalmente, no es beberla, ni siquiera achicarla, porque aquí agua es un tropo que significa rotura, agujero o grieta que se produce en los fondos de un buque y por el que entra aquélla; tomarla equivale a atajarla, ejecutando lo necesario para impedir su entrada.

Mas si decimos que *tomamos las aguas* —así, en plural— de un buque, es maniobrar con el nuestro para seguir la estela de aquél o navegar en ella.



Distinguimos también con precisión, en cuanto a preposiciones, el ablativo del acusativo, que los escritores, al tratar de nuestras cosas, confunden, como *en popa* y *a popa*, cuyo análisis nos llevaría a conclusiones por metáfora muy donosas, porque *a popa* puede estar un hombre o una cosa, pero *en popa* tan sólo la embarcación, el viento y la mar.

También matizamos, tal vez sin explicación alguna, sino por capricho de la semántica, otras preposiciones. Así, tratando de un buque que está cargando o descargando, debe decirse que está *de* carboneo, *en* descarga y *a* la carga; a veces, *en* equivale a *con*, como *en lastre* y *en rosca*, que es casi lo contrario, pues rosca es el casco del buque en abstracto y lo que a él pertenece.

También al emplear la voz *son* gustamos de la preposición *a*, diciendo, en lugar de *en son de*, *a son de mar*, *a son de corriente*, *a son de puerto*, etc.



El marino tuvo facilidad suma para construir verbos, con una flexibilidad insospechada en el habla terrestre. Ignoro si fué Colón quien lo ideó; pero en su diario, apenas descubierto el que la aguja —la brújula— no apuntaba al Norte, sino un poco al Noroeste, ya proclamó que *noruesteaba*...

A este propósito resulta curioso el considerar que, tratando de vientos, todos se puedan conjugar: *nortear*, *lestear*..., incluso sus propios sinónimos *maestralizar* y *maestrear* (de *maestral*, que es el NW), *levecheear* (de *leveche*, o SW)...; pero no puede aplicarse al Sur, aunque sí admite los sufijos corrientes a todos para formar *surada*, que es collada de sures, y aun viento fuerte o *mano* (1) de este rumbo, y *surazo*, que es ventarrón de esta parte.

Esta facilidad de muchas voces marineras que llevan o pueden llevar en sí el sentido de acción, para prestarse a construir verbos, daría lugar a una enumeración extensa; baste decir que *pilotear*, *maestrear*, *patronear*, *timonear*, carecen de sus congéneres en tierra —salvo *capitanear*, que Dios sabe si no tiene cierto tufillo de origen marinero—, y aún habría que incluir *almirantear**, que aunque no inserta en el Diccionario, tiene autoridad que le abone y que equivale a mandar una escuadra interinamente, pues es sabido que hasta el siglo XVI el primer cabo de una armada o flota se denominaba Capitán General de ella, mientras el segundo era el Almirante.

Debo de aludir a otros que aún no han merecido el pláceme de esta casa, como: *Marinear**, en la acepción de gatear y trepar. *Palotear**, que ya en la Marina Mercante se va sustituyendo por el absurdo anglicismo “chequear”, que es anotar los fardos que se van embarcando o desembarcando por medio de palotes en grupos de a cuatro, con el quinto atravesado diagonalmente para el fácil y rápido recuento, y *miar**, que nada tiene que ver con el sentido corriente de maullar, pues equivale

(1) *Mano** es sinónimo de racha o fugada.

a decir ¡mío! en las lonjas o, mejor dicho, lotas de pescado, cuando al subastarse éste a la baja alguien quiere adjudicarse el lote o rancho.

Por cierto que en la voz *lota* del DRAE había que afinar un tanto su definición, pues expresa éste que es el lugar en donde se subasta a la baja, cuando puede ser a la puja, como antes se efectuaba en algunas *a candela matada*, que era adjudicarla al último postor cuando se apagaba un cabito de vela que se encendía al iniciarla.

Pero al formar los verbos, en ocasiones, se adoptan distintas desinencias para matizar su significado, como *ventar*, que es soplar el viento, mientras *ventear* se aplica sólo cuando sopla fuerte.

Contra esta tendencia al verbo, y en aras de la sobriedad, en buen hablar marinero se suprime mucho el participio pasado, convirtiéndole en adjetivo verbal. Nadie dirá una estacha largada, sino *larga*, ni un casco estancado, sino *estanco*; como bandera *larga*, por largada.



El empleo de la metáfora alcanza, en muchas ocasiones, sutilezas inefables.

Unas muestran un escalofriante patetismo: ... *sondando con el Credo en la boca*, escribió Sarmiento de Gamboa cuando navegaba en continuo riesgo de perderse por un bajío del estrecho de Magallanes. *Navegar en nombre de Dios* lo repite repite algunas veces "El Victorial". Y marchar al otro mundo *con el Práctico a bordo* es recibir a Su Divina Majestad en viático para esta última navegación, sin posible tornaviaje, que todos tenemos que emprender.

Las hay que alían lo patético con cierta ironía, tal que *salvarse con arena en los bolsillos*, que es como arroja la mar los cadáveres a la playa.

Irónico del todo resulta llamar a la plena alta mar *puerto de los cuatro vientos*, antítesis del refrán atribuido a Andrea Doria, que dice: *Julio, Agosto y Mahón, los mejores puertos del Mediterráneo son*.

El lirismo, que tanto aflora en las descripciones de los descubridores, cuando lo nuevamente avistado les hacía recordar a Sevilla por mayo y al Guadalquivir en plena primavera, produjo, sin duda, el *navegar al pajaril*.

Voz que debió encantar a Lope, que sin venir mucho a cuento escribió en "De cosario a cosario":

Sale el sol, serena el cielo,
San Telmo —Don Juan— se sienta
En el pajaril, y causa
Que la gavia resplandezca;
.....

Jardines se denominan a bordo los escusados; *flor* no la empleamos en su acepción segunda de lo más escogido de una cosa, sino para lo primero que sale o se ve: como *flor de viento* o vahaje, y *flor de agua*, que en ciertos casos puede ser *lengua del agua*, y por ello ésta se dice que lame; también sirvió *flor** para designar la altura de algo sobre la línea de flotación, especialmente en punto a artillería, produciendo el verbo *florear**; ya olvidado de nuestros especialistas de tiro naval, que no recuerdan los empeños para que la batería baja de fragatas y navíos fuese lo suficientemente *floreada* para poder abrir sus portas y jugar la artillería aun con mar gruesa.

Bucólica, y expresiva por demás, es *navegar como una pava*, como se decía cuando con mar bella y boba y viento bonancible singlaba un navío a todo trapo; locución que recuerda asimismo a la donosa afirmación de *viento en popa y mar bonanza*, *navega hasta Sancho Panza*.



Al dominio de tierra adentro pasaron las muy expresivas de: *estar boyante*, sinónimo de fortuna y felicidad creciente; ir un negocio o asunto *viento en popa*; y andar *a la deriva*; *meter el remo*; *a palo seco*; *capear un temporal*, *correr una trinquetada*, *abarrotar, como sardinas en banasta*; *de capitán a paje*, *entre dos aguas*; *llegar a buen puerto*, *tirar por la borda*, *armar un zafarrancho*, *a pique de...*; *al socaire de algo...*, *estar hasta los topes*, *empuñar el timón...*, *haber mar de fondo*;

contra viento y marea, mudarse el viento, naufragar un asunto, a remolque, brujulear, sacar a flote, soltar el trazo, soplar malos vientos, salvarse en una tabla, traer a uno bajo el agua, tener mucha envergadura, disparar una andanada, torpedear un asunto, varar un asunto, como una ostra, dar un barquinazo...

Sería interminable la relación, en la que no faltan las de origen divino al elegir Dios Nuestro Señor a pescadores como Apóstoles.

Por el contrario, existen expresiones de inspiración o alusión terrestre que son típica y aun exclusivamente marineras; así, la *sombra de un pino* o de una tapia la tenemos como el remedio más eficaz para el mareo; *cabo seguro* —o mejor algo que en público no se puede decir— es la familia; como una *vaca...* es una ola grande.

Es natural que el marino, como el de cualquier otro oficio, use de ordinario, metafóricamente, tecnicismos de su profesión; pero en la dosificación de éstos reside su mayor característica, circunstancia que dominó bastante D. Fíjo Paroja y que el gran D. Benito Galdós, tan atinado en lo histórico, exageró bastante hasta convertir en algo caricaturesco, según mi entender, al Marcial de su "Trafalgar".

Se me había olvidado decir —escribió Galdós— *que Marcial, como casi todos los marinos, usaba un vocabulario formado por los más peregrinos terminachos, pues es costumbre, en la gente de mar de todos los países, desfigurar la lengua patria hasta convertirla en caricatura.*

Marcial, como digo, convertía los nombres en verbos y éstos en nombres, sin consultar con la Academia. Asimismo aplicaba el vocabulario de la navegación a todos los actos de la vida, asimilando el navío con el hombre, en virtud de una forzada analogía entre las partes de aquél y los miembros de éste. Por ejemplo, hablando de la pérdida de su ojo, decía que había cerrado el portalón de estribor, y para expresar la rotura del brazo decía que se había quedado sin la serviola de babor. Para él, el corazón, residencia del valor y del heroísmo, era el pañol de la pólvora, así como el estómago, el pañol del viscocho. Al menos estas frases las entendían los marineros; pero había

otras, hijas de su propia inventiva filológica, de él sólo conocidas y en todo su valor apreciadas.

El ya citado Salazar, tres siglos antes, al ironizar sobre esta jerigonza, exageró su contagio en este párrafo, del que sólo un marino puede descifrar su gracejo:

... Y no es de maravillarse que yo sepa algo de esta lengua, porque me he procurado ejercitar mucho en ella, tanto que en todo lo que hablo se me va allá la mía. Y así, para pedir la taza muchas veces digo: Larga la escota. Cuando pido alguna caja de conserva, digo: Saca la cebadera. Si pido una servilleta, digo: Daca el pañol. Si llego al fogón: Bien hierven los ollaos. Si quiero comer o cenar en forma, digo: Pon la mesana. Cuando algún marinero trastorna mucho el jarro, digo: ¡Oh! ¡Cómo achicáis! Cuando otro tira algún... (que pasa muchas veces), digo: ¡Ah de popa! Así que ya no es en mi mano dejar de hablar esta lengua.



El prurito por evitar el equívoco alcanzó asimismo a lo fonético, y por eso decimos *leste*, que no puede confundirse con oeste; *sudoeste*, en lugar de suroeste, para no trabucarlo con *sueste*, y todo un cuarteo de la aguja muy "sui generis", admitido de antiguo por la Academia, pero que no tolera ese "sud", el galicismo que tanta aceptación tiene por América.



A bordo existió siempre tendencia a la metonimia, y se dijo *leño*, *fusta*, *pinaza*, *vela*, *vapor*... por embarcación o buque, y en ocasiones —especialmente—, en los destinos, el hombre toma el nombre del suyo o servicio de guardia, como *tope*, *serviola* y *guíndola*, y más aún cuando se les llama, pues no se dice ¡timonel!, sino ¡puente!, como ¡pañol!, etc.

Y como no se trata de un simple vocabulario, sino de una verdadera lengua que creció libre de reglas, su sintaxis tiene también particularidades jamás estudiadas, ni siquiera expues-

tas con cierto método; por ello, en el diccionario que desde hace tantos años preparo, multiplico los ejemplos, imprescindibles para el buen empleo de las voces, convencido de que no puede haber libertad en éste, y que para usar bien algo es preciso enseñarlo a usar.



Aprovecho la autoridad que me presta esta tribuna, y se me ocurre divagar un tanto para anatematizar un barbarismo que incluso se ha filtrado solapadamente en reglamentos y periódicos oficiales del ramo; me refiero a *peso muerto*, que a cualquiera que no esté en el secreto creerá que es lo que en transportes dicen tara, cuando quieren que signifique lo contrario con rebuscada anfibología, que en inglés (“death weight”) podrá sonar y aun parecer bien, pero que en nuestro lenguaje no es sino un tremendo disparate. Quieren los armadores, consignatarios y demás conspicuos del mundillo naviero que peso muerto signifique capacidad de carga, olvidando que siempre se dijo *porte*, o simplemente carga, pues no puede haber confusión entre un *buque de carga* —o carguero— *de tantas toneladas* y un buque de tantas toneladas de *porte*.

Esto me lleva de la mano a abordar el tema de los neologismos, casi siempre barbarismos, por contera frecuentemente innecesarios, que envilecen nuestro vocabulario restándole una de sus más preciosas características, que es la precisión, y cuya adopción benévola tiene insospechado amparo en la literatura oficial, dispuesta a aceptar, con frivolidad inexplicable, voces cuyo origen sólo tiene por causa la ignorancia del traductor.

Cierto que el idioma no se cuece en el crisol de vuestro emblema, ni evoluciona tan sólo en el laboratorio de la Academia; pero no es menos cierto que las epidemias y los malos modos, aun cuando nazcan en la calle y en sus gentes, hay que atajarlos con tiento y eficacia, que no excluye la mano fuerte si es preciso.

Bienvenido al lenguaje el neologismo y aun el barbarismo nacido con necesidad y cuna honesta; lleno está el nuestro marineramente de voces cuyo origen reside fuera de nuestras fronteras secas y de mar; con ellas se fué enriqueciendo nuestra habla,

aunque reconozcamos que la fuerza de nuestro genio las domó y retorció tan a gusto suyo que en muchos apenas encuentra rastro el filólogo para fijar con acierto su etimología, como sucede con *espardele**, en donde el originario inglés resultó de moldeable condición frente a la fuerza de la versión españolísima.

Pero ante la desgana por lo nuestro y el regusto actual por lo extraño, es preciso actuar con urgente profilaxis que remedie el mal; porque si siempre el barbarismo es condenable, es mucho peor si sustituye, más que a una voz ya existente, a varias que no son sinónimas, porque, en realidad, calibran distintos matices de aquélla.

Así Mazarredo, buena autoridad en el discurrir con propiedad por nuestro léxico, manejaba con tino, que no daba lugar a dudas, los verbos *adiestrar*, *avezar*, *ingeniar*, *marear*, *instruir*, *doctrinar*, *ejercitar*, *aguerrir*, *foguear* y hasta *industrialiar* cuando se refería a los buques, a las dotaciones e incluso a los Comandantes y Generales; hoy, con decir “entrenar” queda todo simplificado, pero en la mayor parte de los casos habrá que aclarar para que no resulte impreciso.

Cuando a comienzos del siglo XVIII nos llegaron las palabras *Intendente*, *Comisario*, *arsenal* y otras cuya falta no sentíamos, arribó asimismo la de “control”, que no tuvo éxito, pero sí su derivado *Contralor*, mas no arrinconamos con ella ninguna otra voz castiza y se le creó un concepto nuevo, quedando para designar al Contador de un Hospital de Marina. En nuestros días, la palabra originaria “control” ha tenido más éxito y aún todos los numerosos matices del inglés con sentido de dominio, y los del francés, que comprenden los de intervención, constituyendo un verdadero comodín que no logra disimular la pobreza de vocabulario.



Otra causa de empobrecimiento es lo propensos que somos a la antifrasis; por ejemplo, así como tratando del viento existe *barlovento*, o cara al viento, y *socaire*, que es lo contrario o lo protegido de él; en punto a la mar se decía *redoso* a la parte azotada por ésta, y *abrigo* o *resguardo* a lo contrario. Pues

redoso ya es equívoco, porque significa también esto último con más aceptación que su primitiva acepción, habiéndonos quedado sin la palabra tan necesaria para designar lo abierto y desabrigado al oleaje.

Con la de *varar* ocurrió —acaba de ocurrir— algo más grave; primitivamente equivalía a botar al agua, y aún significa esto por Cataluña, en donde no hace muchos años algunos gremios de mar percibían cierto arbitrio por *varo** y *avaro**. Ahora, bien lo sabéis, significa sacar a la playa una embarcación, y en abstracto, llegar ésta con su quilla al fondo y sentarse o agarrarse a él más o menos por no pescar agua suficiente para flotar. Desde fecha muy reciente, en nuestro Reglamento de obras aparece el disparate de equiparar el varar a entrar en dique, y a lo que antes se decía *carenar* ahora se nos obliga a decir *obra de varada*, con evidente solecismo.

A este desorden de la literatura oficial se agrega el de los convenios internacionales; intérpretes que desconocen nuestro tecnicismo —entre los que abundan los hispanoamericanos— traducen el texto del pacto; cuando nuestro país se adhiere ya no cabe corregirlo y tenemos que dar por buenas las ambigüedades que resultan y aun los errores lexicográficos que contienen.

Las continuas traducciones, algunas incluso divulgadas por editoras oficiales, con los frecuentes cursos y cursillos de nuestro personal joven en los Estados Unidos, constituyen cultivo apropiado para la proliferación de este imperio del solecismo que invade y ahoga lo auténtico y preciso.

Sin diccionario a mano, o poco curioso en ojearlo a menudo, el cursillista y el traductor me recuerdan a Adán cuando el “Génesis” lo evoca llamando con sus nombres a todas las cosas, pero sin encontrar semejante a sí que le ayudase.

Bien está la evolución natural del idioma, pero debe remediarse su actual y creciente desorden, que desgasta, que no obedece a leyes semánticas ni filológicas, sino a una frívola anarquía inaceptable y fácil de remediar, que produce sonidos sin idea, cuando la palabra es idea encarnada en el sonido.



Resulta curioso considerar también cómo la semántica, incontenible siempre, conspira contra la precisión del idioma, creando equívocos que son innecesarios; uno de estos fenómenos es la tendencia a convertir en genérico lo específico, sin por ello abandonar la acepción primitiva.

A fines del siglo xv, *nao*, que cualificaba un tipo bien determinado de nave, pasó a ser empleado como genérico, pres-tándose a la confusión, patente en la "Santa María" de Colón, que, en puridad, ya no podemos precisar si fué nao o carabela.

Navío, genérico en "Las Partidas", a comienzos del siglo xvii, al aparecer en la táctica el empleo de la fila, a través de *navío de línea*, pasó a ser específico del tipo mayor de buque de guerra.

Con *galeón* sucedió otro tanto; creado hacia 1530, como consecuencia de las frecuentes navegaciones transatlánticas y de los ataques piráticos a nuestras flotas pasó a denominar toda suerte de naves que en conserva hacían la carrera de la Nueva España; galeón y galeones de la plata, en efecto, son denominaciones que aún impresionan en el extranjero y en la prensa siempre sensacionalista.

Actualmente está en proceso un dislate de este género —olvidada ya la de *bajel*— con la voz *barco*, que familiarmente y precisamente en el idioma hablado, pero no en el escrito, es sinónimo de buque; se puede decir *mi barco*, *ese* o *aquel barco*; *barco grande*, *ande* o *no ande*...; pero no se puede escribir *comandante de barco*, *abandono de barco*...

Barco es embarcación pequeña propia de ríos y aun para vadearlos; lo confirman topónimos como Barco de Avila, Barco de Valdeorras y hasta más de veinte que inserta el "No menclátor"; en los puertos, *barcos*, *barcas*, *barquetas*, *barcazas*, *barquillas* y *barquias* servían el *barqueo* o tráfico menudo; pero barco era también genérico de embarcaciones de pesca. Cuando en un archivo notarial aparece en el margen del protocolo "venta de un barco", la escritura se refiere indefectiblemente a uno de pesca.

Y así, en el sitio de Cádiz por los ingleses, en 1797, y en el más célebre de 1810 por las tropas de Napoleón, se armaron como fuerzas sutiles *lanchas cañoneras* que eran las construí-

das ex profeso o habilitando las de los navíos, mientras que los *barcos cañoneros* eran las embarcaciones de pesca requisadas, armadas y artilladas para el caso.

Por su tamaño pequeño se hizo sinónimo cariñoso de buque o bajel en un ámbito familiar que no debemos rebasar; el invento de Fulton aplicando el vapor a la navegación, que se experimentó y usó en sus tímidos comienzos por los ríos, precisamente en barcos, con toda propiedad denominados *barcos de vapor*, porque efectivamente lo eran. Y el "Real Fernando", primero que tuvimos en España, se empleó en viajes regulares entre Sevilla y Sanlúcar, análogamente al *barco de la vez*, citado por Cervantes.

Cuando se aventuraron a salir a la mar, entre las naturales cuchufletas y melindres de los que presumían de marinerotes:

En barco de ruedas. se pasa tan mal,
Como canónigo en catedral.

se convirtió el tropo de *vapor* en sinónimo de buque mercante, haciéndose cada día más frecuente el uso de su otra mitad, barco, que amenaza introducirse hasta en el lenguaje oficial escrito.

Esto hace que en los vocabularios no baste siempre la definición, que debe completarse con las épocas de las distintas evoluciones semánticas, en algunos casos complicadas con una reversibilidad desconcertante.

Cuando las crónicas hablan de los *bergantines** que construyó Hernán Cortés para la conquista de la ciudad de Méjico, o de los que se fabricaron en el río Napo, con los que Orellana descubrió y navegó aguas abajo el Amazonas, no se piense en el tipo de velero que define el DRAE, porque aquéllos eran de remos, y de la familia de las galeras, al igual que la *fragata* que montó D. Juan de Austria para arengar la armada en Lepanto; acepciones ambas ausentes en aquél.



La plenitud de nuestro lenguaje marinerero, superados todos los contactos por los siete mares y con toda suerte de gentes,

cristalizó con el romanticismo, con el que el marino coincide en individualismo, y propensión a lo sentimental, generoso, fantástico y a todo misterio, circunstancias que aprovechó no poco la literatura universal.

Tiempos de goletas y bergantines, con graciosos mascarones “parlantes”, nombres amables hasta en la popa de buques de guerra, y hombres con el mismo corazón grande de siempre, pero que ya su atuendo, siempre azul —por ello denominado “marino”—, le distingue de los demás, como en fisonomía propia e inconfundible.

Entonces es cuando cobraron todo su auténtico valor estos párrafos de Marañón al prologar “La Dragontea”, de Lope de Vega, que publicamos en el Museo Naval: *ninguna técnica posee un vocabulario tan humano, tan tradicional y tan noble como la de navegar.*

El hierro, el acero y el vapor no hicieron mella sensible y nefanda en nuestra tecnología marítima; los buques siguieron construyéndose siguiendo la fábrica transversal tradicional —sólo modificada recientemente por la de los grandes petroleros— y las distintas piezas de cuenta y ligazón cambiaron de materia, pero no de nombre; cuando surgía la necesidad por algo nuevo sobraba conocimiento, posesión del lenguaje y buen recaudo de voces sin uso, pero no olvidadas; la maquinaria tampoco ensució notablemente, como ahora, nuestro idioma; al pan se le llamó pan y al vino, vino, mas no en inglés. Muy pocos neologismos y escasísimos barbarismos, bien asimilados, bastaron.

Con la moderna artillería sucedió lo mismo, y las voces adoptadas carecieron del desamor actual; de disparar a barba, vino *barbeta*; hubo: *casamatas, torres, alzas, manteletes, carapachos, cañones pareados, cunas* y cien voces más, como veis, sencillas, naturales y sin esa pedantería inexpresiva que hoy va desintegrando lo que muchos siglos de navegación crearon.

No se rebuscaba en la gaveta de los cultismos y, como cuando se ideó el nombre de *catalejos* en lugar de telescopio, a la lámpara de señales se la llamó, casi amorosamente, *cucuyo*, que es la luciérnaga del Caribe, adoptando una palabra del ámbito hispánico, antes que importar Dios sabe qué absurdo angli-

cismo, porque las palabras tienen forma, pero además espíritu, y éste debemos de buscarlo entre lo muy nuestro.



No puede faltar en este breve voltejeo a placer por la jerga marinera, y casi a modo de broche os la traigo, una suerte de lenguaje que impresionó a cuantos de nuestros clásicos embarcaron en las naos o en las gurapas: el pito del cómitre o del contra maestre que tanto sorprendió y Sancho Panza al montar en Barcelona en la capitana del cuatralvo de las galeras:

...púsose el cómitre en crugia y dió señal con el pito que la chusma hiciese fuera ropa

Quevedo, que sirvió al gran Duque de Osuna, el Virrey de Nápoles, tan persuadido de que el arribo de Neptuno constituye el mejor cetro para gobernar la tierra, lo mencionó en dos de sus "Jácaras":

Esto de ser galeote
Solamente es empezar,
Que luego tras remo y pito
Las manos te comerás.

proclamó en su primera, y en la sexta escribió aludiendo al cómitre:

De un genovés pajarito
Ya nos desnuda el chiflar.
.....

No podía faltar a la cita el Lope, que hace decir al enamorado Fajardo en "El Arenal de Sevilla":

Ya jornada se comienza,
Ya está la noche, ya al alba.
Ya suena el pito, ya parte...
¡Oh soldados de la mar!
¿Quién pudiera imaginar
Que andaba en el agua Marte?

Y es que en las jornadas y en toda suerte de faenas y maniobras, en puerto como en la mar, era y es preciso disponer de un modo de expresión conciso, inconfundible y tan agudo y penetrante que sea capaz de sobreponerse a los ruidos de toda suerte, incluso cañonazos, chirridos de cabos, bramar de las olas, bufido y silbar del viento, gualdrpear de las velas, pisadas por las carreras en cubierta, y de alcance suficiente para que llegue inconfundible a la gente que trabaja o marinea por los altos de la arboladura.

La solución la dió un pito, silbo, o chifle especial de plata, de boya esférica y cañuto suficientemente largo para ser modulado en la palma de la mano, a base de crear una cavidad con los cuatro dedos de aquélla, artificio que unido a la potencia del soplido y a ciertos movimientos y posiciones de la lengua se pueden "pronunciar" las vocales *o* e *i* con sus diptongos *io*, *oi* y *oi*, como las consonantes *g*, sólo delante de la *i*, *rr* y *t*, con lo que tenemos suficiente para arbitrar un lenguaje que, aunque corto, basta para emitir auténticas palabras y aun sencillas "oraciones" en número que sorprende y que no pocos nostramos aumentan convencionalmente, según su habilidad, hasta para poder pedir a su pañolero una copa o "chicotazo", y aun distinguir si lo querían de caña o de ginebra.

Fernández Duro creyó que el chifle arranca del siglo xvi, seguramente por carecer de testimonio literario anterior; pero no es suficiente razón. El divertido y minucioso Fray Antonio de Guevara no lo menciona, y, sin embargo, en uno de los paños de la tapicería de la Conquista de Túnez, jornada a la que asistió el Obispo de Mondoñedo, no pasó inadvertido para Vermayen, que pintó los cartones y fué también testigo ocular de la jornada.

Y aunque resulta curioso que en todo "El Victorial" no aluda a él su autor Rui de Gámez, evidentemente se usó como trasunto de la flauta del "hortator" romano y aun del "keleustes" griego, con testimonio en relieves y pinturas de la antigüedad clásica.

Algunas marinas lo hicieron insignia de mando, y así lo ostenta en el Museo del Louvre la magnífica estatua tumular del Almirante Felipe de Chabot, que pasa por ser la obra

maestra (1543) de Jean Cousin; y consta que a punto de ser apresado un Almirante inglés en el combate de la Rochela arrojó al agua el suyo de oro para restar este trofeo al vencedor. No hay constancia que tuviera este rango en las muestras de Aragón y de Castilla, y en la ya española tan sólo fue distintivo preciadísimo de guardianes y contra maestres, quienes lastraban con cera a su gusto el interior de la boya hasta conseguir el tono o timbre personal preferido que los distinguía, para orgullo de su silbar altanero.

Con el pito no sólo se saloma en las faenas de fuerza para marcar bien el ritmo de la pisada fuerte en cubierta o del esfuerzo, sino que se daban órdenes:

Al mejor sabor comiendo,
Veréis dejar la comida,
Cuando el pito va tañendo,
Y el cómitre va diciendo
El trabajo a que os convida.

Expresa el autor anónimo del romancillo "La vida de la galera preguntada por un caballero sevillano a un galeote":

Si dormís, estáis soñando
que os silban para bogar,

escribió el mismo en otros versos, y buena prueba de que hasta casi hablaban con él los cómitres es esta otra estrofa:

Es casa donde se trata
De continuo desplacer,
Y un silbatillo de plata,
Sólo en oírle relata
Todo lo que se ha de hacer.

Hoy día el repertorio celeóstico de los que ya no se denominan Oficiales de Mar y Pito ha quedado muy menguado y pronto quedará reducido a los toques de atención, con la que, a modo de saludo, se honra al recibir o despedir a bordo a las personas de distinción, empleo también remoto, como lo demuestra este párrafo del Licenciado Salazar en una de sus cartas:

...y el estilo de saludarse a las mañanas unos navíos a otros, es a voz en grito, el son del chifle diciendo "Buen viaje" ...

Mas en su misma época decandente, el pito de contra maestre ha dejado rastro en nuestro léxico marinero con alguna que otra voz, una de ellas la de *torrotito*, que era la pitada del bauprés, exaltada oficialmente en nuestros días nada menos que a los reglamentos al denominar así a lo antes denominado bandera de tajamar, de bauprés o de proa, que se iza todos los domingos y días de engalanado en nuestros puertos, y cuando se está surgido en los extranjeros.



No cabe en la brevedad —pocas veces lograda— de una disertación protocolaria el discernir por entero sobre tema tan complejo, expuesto además, según creo, por vez primera.

En ella expuse tan sólo el panorama de algo que se forjó junto a las páginas más áureas de nuestra historia, y sólo me resta expresar la esperanza de que vosotros, mis nuevos compañeros, como quienes lo son desde hace medio siglo en la Armada y hoy están a la cabeza de ella, me concedáis el aliento indispensable en mi afán de luchar por la pureza y conservación de algo que fué consustancial con la Marina de siempre, como expresión de una personalidad muy acusada, y que tan cálida acogida tuvo en la pluma de cuanto ingenio honró nuestra literatura española.



Y al rendiros mi cordial saludo y renovar la expresión de mi agradecimiento, permitidme la sucinta y fervorosa evocación de quienes con mi mismo uniforme, aunque con más méritos, ingresaron en este primer cuerpo literario de la nación: El Capitán General D. Juan José Navarro de Viana, primer Marqués de la Victoria, cuyo maravilloso "Diccionario gráfico" es gala del Museo Naval; D. Martín Fernández de Navarrete, que ingresó siendo Teniente de Fragata, y al fallecer era Decano y presidía las juntas por estar expatriado Martínez de la

Rosa; el Capitán de Fragata D. José de Vargas Ponce, que siendo Guardia Marina, y a bordo de una flotante del sitio de Gibraltar, escribió un "Elogio de Alfonso el Sabio" que la Academia premió; D. Juan Bautista de Arriaza, el poeta de obra conocida en su mayor parte porque sus compañeros de embarco la escribían, pues repentizaba casi siempre, y cuya ceguera le hizo cambiar la carrera de la Armada por la diplomática; don Pedro de Novo y Colson, Teniente de Navío, retirado, a quien tanto traté; el Capitán de esta misma clase D. Manuel Saralegui y Medina, cuyo "Refranero Marítimo", de 1917, despertó en mí las aficiones lexicográficas cuando era aún Guardia Marina en el crucero "Carlos V"; y, finalmente, el Almirante don Rafael Estrada, cuyo recuerdo está aún vivo entre todos.



El Marqués de Molíns, de grata memoria para los marinos, pasaba por ser el más solicitado para contestar los discursos académicos de su tiempo; en una ocasión de éstas proclamó con la galanura propia de su elegante pluma refiriéndose a las Reales Academias que *los próceres y los magnates las hacen visibles; los ingenios las hacen famosas; pero sólo los miembros trabajadores las hacen útiles.*

Descartadas las otras por mi insignificancia y cortos alcances, pido a Dios que, andando el tiempo, logren incluirme entre estos últimos mi buen deseo, como mi afán de laborar con vosotros en esta Casa a la que arribo modestamente, pero con entusiasmo.



CONTESTACION

DEL EXCMO. SR.

D. FRANCISCO J. SANCHEZ-CANTON

CONTESTACION

DEL EXCMO. SR.

D. FRANCISCO J. BANCHEZ-CANTON

Señores Académicos:

En las Academias no divididas en secciones, el sucederse de los numerarios sigue dos líneas: continua la una, en la que, al correr del tiempo, cada medalla campea sobre pechos de muy diverso temperamento, premiando méritos desemejantes; discontinua la otra, determinada por la herencia literaria o científica. Así, quien viene hoy a sentarse, metafóricamente, en el sillón "e minúscula" —prometedor de larga permanencia en esta Casa, puesto que en siglo y cuarto sólo ha tenido tres ocupantes—, si va a ostentar la insignia que ellos abrigaron, figurará realmente en nuestro árbol genealógico en la rama donde florecieron el Marqués de la Victoria, D. José de Vargas Ponce y D. Martín Fernández de Navarrete, por no citar más que nombres del XVIII. Y ¿quién con la presente solemnidad se inserta en la descendencia de tales ilustres marinos?

El Excmo. Sr. D. Julio Fernando Guillén y Tato presume, y no sin motivo, de ser gemelo de una mujer bella y misteriosa: *La Dama de Elche*. En efecto, horas antes de su nacimiento en 5 de agosto de 1897, a corta distancia de Alicante, su cuna, y en huerto propiedad del médico de su familia, había vuelto a la luz del sol la hermosa escultura.

Por ser hijo del notable pintor D. Heliodoro Guillén —discípulo de Plasencia, compañero en Roma de los más famosos de su tiempo, y medallado en exposiciones— mostró pronto aficiones artísticas e históricas; como el ser natural de un puerto decidió su vocación marinera.

Hizo, con lucimiento, la carrera de la Armada; luego se especializó en piloto de Dirigible y en observador de Aviación Naval; en el Cuerpo General de la Marina es Contralmirante. Ha sido condecorado con la medalla militar en 1923, con cuatro cruces rojas del Mérito Militar y tres del Mérito Naval y posee

la Gran Cruz de San Hermenegildo, junto con la de la Orden Civil de Isabel la Católica, además de numerosas extranjeras.

Pero no es de su vida náutica de la que me compete hablar, sino de los puestos y los escritos a que le llevaron sus aficiones, convertidas en absorbente ocupación desde hace muchos años, como Director del Museo Naval, del Instituto Histórico de la Marina y de la "Revista General de Marina". Guillén y su Museo —con el aditamento extraordinario del Archivo instalado en el Palacio de El Viso— se me presentan como consustanciales. La riqueza de los fondos, que, en gran parte, ha allegado con asombrosas constancia, paciencia y competencia; la instalación original; el contenido de ficheros riquísimos, de donde han salido y saldrán monografías reveladoras de glorias españolas idas, son pruebas del espíritu organizador, de la actividad, del saber y del gusto personalísimo, cualidades relevantes a las que nadie regateará el encomio merecido.

Alcanzo hoy el privilegio de tributárselo. Nos conocimos, no en mi tierra, donde residió de joven, sino hace tres decenios, en el Patronato Nacional del Turismo, en que él representaba al Ministerio de Marina y yo al Centro de Estudios Históricos; la comunidad en el sentir respecto a nuestro pasado deslumbrante y a aquel presente, anunciador de un porvenir temeroso que arribó sin tardanza, nos hizo amigos, y juntos trabajamos y hasta juntos corrimos algún riesgo administrativo, aunque también cómico. La amistad inalterable se estrechó en la Real Academia de la Historia, donde ingresó el 1 de diciembre de 1943; hube de designarlo Secretario interino en 30 de junio de 1958 y, por votación, fue confirmado como perpetuo en 19 de diciembre del mismo año. Sirve el cargo al igual de cuantos ha desempeñado y desempeña: con puntualidad, con iniciativas innovadoras y rara diligencia.

Antes de entrar en la mención, más que análisis, de sus numerosos escritos históricos, literarios y lexicográficos debo referirme a una discrepancia —la única, tal vez— que nos separa. Es la siguiente, que os hará sonreír: parte muy erudita del discurso con que nos ha deleitado se dedica a fundamentar, con docenas de textos, que la voz "mar" es femenino; tesis inadmisibles para un gallego que sólo se resigna a tenerla por del gé-

nero común, como la Academia admite. De que sea masculino hay autoridades que nuestro nuevo compañero no rechazará: así, las de Hernando de Herrera, Cervantes, Vicente Espinel, y la suya propia. En el libro que el pasado año publicó esta Real Academia, *Vocabulario de Cervantes*, por D. Carlos Fernández Gómez, se acotan diecisiete pasajes en que se lee "el mar" y sólo nueve en que aparece como femenino; el músico, poeta y novelista rondeño Espinel usa el masculino, y *El preso 831*, que no es otro que D. Julio Guillén, emplea asimismo "el mar", bien que advierta que los marinos dicen "la mar". Expuesta mi exculpación, proseguiré con el uso de la forma aprendida en la niñez.

Al mar ha consagrado y dedica el nuevo Académico todos sus empeños de investigador y casi todos los trazos de su pluma, así como los de su lápiz, e incluso los de su pincel, que los tres medios gráficos maneja con destreza.

El número de las publicaciones de D. Julio Guillén, a partir de la primera que conozco, fechada en 1927, muestra fecundidad grande y adscripción fiel, sin devaneos apenas, al tema cardinal; hasta en libro firmado con pseudónimo y escrito con el cuidado de que no pudiera atribuirse a un marino, contadas son las páginas sin referencias que no suscitarían sospechas.

La clasificación de sus trabajos no es difícil: estudios de Historia, de Geografía y Cartografía, de Bibliografía, de Lexicografía; todos ellos, desde luego, con el denominador común de Naval, quedando fuera tan sólo dos de índole literaria, y para eso uno todavía es de "Cuentos marineros" y el otro el que acabo de aludir. Si el autor toca asuntos artísticos, por ejemplo, cuando el centenario de Goya, es para estudiar los marinos que retrató el gran pintor; si hace averiguaciones arqueológicas y folklóricas versan sobre los posibles restos de una embarcación cartaginesa, o sobre exvotos marineros. En producción tan cuantiosa, no menos que de medio centenar de números, resaltan los dos volúmenes de la *Historia marítima española: Lecciones para uso de los Caballeros Guardias Marinas*, que salieron a la luz en 1961, con dibujos precisos que ilustran el texto. Desde el punto de vista de la investigación, ha de subrayarse la importancia de los tres tomos sobre la *Independen-*

cia de América. Índice de los papeles de las expediciones de Indias (1807-1817).

No me detendré en señalar monografías históricas, siempre nutridas con novedades y nunca faltas de amenidad y rasgos de ingenio, porque el reloj obliga a entrar en la labor peculiar del nuevo Académico, justificante indiscutible de su ingreso en nuestra Casa.

Véase cuáles son sus trabajos lexicográficos: En 1927, *Glosario de algunas voces medievales*; *Despesca* (1941) y *Espalder* (1955), que salieron en nuestro "Boletín"; *Glosario de voces de Cartografía* (1942); *Glosario de las voces contenidas en la "Instrucción Náutica" de García de Palacio (1587)*; *Algunos americanismos de origen marinero* (1948); *La parla marinera en el Diario del primer viaje de Cristóbal Colón* (1951); *En torno a los colectivos de los seres marinos* (1956), en colaboración. Y ya en la actual década: *La etimología y la semántica en el lenguaje marinero* (1960); *Corulla, corullero y acorrullar en el "Guzmán de Alfarache"* (1962), y *Lexicografía: Hablemos y escribamos mejor sobre lo nuestro* (1963), que ha obtenido extensa difusión. Con ser larga la lista, seguramente olvido otros estudios de esta especialidad.

Sospecho que entre los presentes abundarán quienes no se expliquen la importancia que D. Julio Guillén ha concedido a la que ha llamado varias veces "parla marinera". Que los trabajos referidos no son ociosos, por las dificultades notorias que ocasiona al que pretenda entenderla, se comprobará aduciendo unos renglones de Cervantes y otros de hoy, o poco menos.

Sean los primeros copiados del capítulo LXIII de la segunda parte del *Quijote*, cuando caballero y escudero visitan las galeras en el puerto de Barcelona:

"Entraron todos en la popa, que estaba muy bien aderezada, y sentáronse por los bandines; pasóse el cómitre en crujía y dió señal con el pito que la chusma hiciese fuerarropa... Estaba Sancho sentado sobre el estanterol, junto al espalder de la mano derecha... [sigue el volteo del escudero]. A este instante, abatieron tienda y con grandísimo ruido dejaron caer la entena de alto abajo... Hizo señal el cómitre que zarpasen

el ferro, y saltando en mitad de la crujía con el corbacho o rebenque, comenzó a mosquear las espaldas de la chusma.”

Temo que muchos sólo por aproximación seguirán el hilo del pasaje cervantino.

Y sospecho que otro tanto les pasará a quienes leyeren en un gracioso cuento de Guillén este párrafo:

“El proel que rompía un bichero; el patrón que se dejaba el verduguillo o un cairel en la atracada; el juanetero que no zafaba el tomador a tiempo, o el que no apagaba el bolso de la vela, empañicándola como Dios manda; todos, todos, eran unos *antípodas*; y con los antípodas, más calamidades que las mismas calamidades, no podía haber sino buquetas con boga carabinera.”

¿Justifícase ahora la necesidad de reunir y declarar el significado de tantos vocablos que suenan a castellano inaudito? Desde luego que los más constan en el *Diccionario* académico; otros, no; sin que escaseen los definidos con poca exactitud.

El nuevo académico, desde 1933, viene enviando a la Corporación papeletas léxicas; a veces remitidas por la Academia para que las aclarara, por lo que mereció el honor de la página en que, con otros cuatro, figura, en la edición de 1956, entre las “personas que han auxiliado” en su preparación.

De la extensión y del valor de sus estudios lexicográficos apenas dan idea sus publicaciones, aun sumándoles el despliegue que acabamos de contemplar en su discurso. Sépase que tiene hechas unas 80.000 cédulas, con más de 15.000 dibujos, comprendiendo términos y formas del ámbito hispano ultramarino, tarea ingente para realizada por un hombre solo.

Con lo reseñado abunda para hacer patente el acierto de la Real Academia Española al premiar a D. Julio Guillén y al encomendarle la tarea que requieren la “parla marinera” y los tecnicismos náuticos en el futuro *Diccionario*, que ha de incluir muchas más palabras que los anteriores de las usadas en Hispanoamérica; su predilección por estas tierras, manifiesta en tantos estudios suyos, es prenda segura de lo que habremos de deberle.

Mas no se ha limitado su quehacer incansable dentro de las líneas demarcadoras que quedan trazadas, puesto que tam-

bién ha dado frutos literarios, que su prosa, llena de garbo en las monografías eruditas, hacía presagiar. En su evocación, *La Marina romántica*, que publicó en 1941 con el pseudónimo "Diego de Valera", hace gala de un estilo ágil y gracioso, por ejemplo, al apuntar cómo Bécquer, marino truncado sin quizá haber visto nunca las olas "del mar, cuyas gaviotas hubieran encontrado el cantor de que se envanecen ufanas las golondrinas". Otros rasgos no menos felices hacen desear una edición cuidada de estudio tan ameno y noticioso.

El Almirante Guillén es autor de dos libros muy distintos que acreditan sus dotes como literato.

En dos párrafos aludí al primero de ellos; titúlase *Del Madrid rojo*. Su colofón va fechado en Cádiz, el 15 de noviembre de 1937, escondiéndose el autor bajo "El preso 831", número de la celda que ocupó al entrar, detenido, en la Cárcel Modelo de Madrid. Casi no se necesita añadir que en la azarosa lotería del terrible y glorioso año de 1936 a Guillén "le tocó" Madrid. En forma de diario relata lo que vió y lo que sufrió desde el 27 de septiembre hasta el 15 de noviembre, con veraces y sombríos colores. En esta capital, entonces sin cabeza, eran permanentes las dos angustiosas sensaciones de las que la civilización parecía haber redimido a los humanos: el miedo y el asco. Los cuadros nauseabundos y los episodios espeluznantes están descritos por Guillén con pluma que, en muchos de sus trazos, anuncia cuanto luego se puso de moda en la agria y bronca novelística del humor negro y el "tremendismo". Observador del maremágnum en que malvivía de crímenes, sucesos grotescos, picardías, suciedad; pero también conductas virtuosas, caritativas, heroicas inclusive; todo lo cuenta con verismo implacable y con vigor, repulsivos en algunas páginas. Es un documento amargo de los últimos días de aquella prisión, por fortuna desaparecida hasta en sus cimientos.

Cuanto de áspero y triste tiene *Del Madrid rojo*, tiene de regocijado y de dulcemente conmovedor *Nostramo Lowrido* que, subtulado *Cuentos marineros*, se editó en Burgos en 1949. Acaso más exacto que denominarlos cuentos fuera llamarlos sucedidos o anécdotas. Tomando como protagonista a un —real o inventado— Contramaestre Mayor de la Real Armada de

Isabel II, graduado de Capitán de Fragata, D. Juan González Lourido, gallego, aunque nacido a bordo en 1825 y muerto en 1918, refiere hechos y dichos de la vida marinera, seguramente ocurridos y que se les ocurrieron a varios "nostramos", tratamiento que les daba la marinería. Lances y frases —éstar en gallego— se suceden dibujando de mano maestra la figura de Lourido. El artificio está tan hábilmente realizado que la personalidad del leal, valiente, honrado, agudo, práctico y habilísimo Contramaestre se va perfilando con rasgos tan humanos que nos parece haberle conocido, y cuando, en el postrer relato, presenciamos cómo recibe los últimos Sacramentos vistiendo uniforme de gala de Capitán de Fragata, que no había querido estrenar, y cubierto su pecho con las cruces y medallas ganadas por los siete mares, rodeando la laureada de San Fernando, duro de corazón será quien no se emocione, y gusto estragado acreditará quien no aprecie la calidad literaria de *Nostramo Lourido*.

El Almirante Guillén, sin descuidar sus estudios mayores, no debiera dejar solitaria la recia personalidad ejemplar del Contramaestre, porque España necesita el fomento de las aficiones marineras, y pocos medios habrá más eficaces que la lectura de libros como el comentado, atractivos, exaltadores del amor y del servicio al mar.

Los más de los literatos españoles de los siglos XVI y XVII no participaron en ellos. Ignoraron al mar, cuando no lo desdijeron, o hasta le declararon la enemiga. Resulta inverosímil constatar que en los índices de los 71 volúmenes de la primera serie de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra se registran no más de dos poesías que lo cantan: un romance de D. Eugenio de Tapia y la *Oda* de Quintana. En escritores que conocieron el mar, como Cervantes, Lope de Vega, Juan de Castellanos, el Obispo Balbuena, no faltan páginas y referencias marineras; en cambio, una exploración ligera, por eso insegura, en las comedias del mejicano Alarcón no ha suministrado ninguna escena de las que tuvo que presenciar embarcado.

En casos, dramáticos y novelistas dirigen al mar tremendas diatribas; recordaré las de Vicente Espinel en el Descanso X de *El escudero Marcos de Obregón*:

“Resolvíme —escribe— de entregarme a la tiranía del mar, bestia insaciable, fiera y cruel... Confiado yo en que sabía nadar... arrojéme al charco de los atunes, como dice D. Luis de Góngora... / mas / para una bestia tan cruel y desleal... no aprovecha saber nadar.”

No se detiene aquí su furia, pues luego le increpa:

“¡Oh!, mar ingrato, tragador de bienes, sepultura perpetua de lo que en él se esconde; que se sale a la tierra a ver si puede llevarse adentro lo que está en la orilla; hambriento animal de todo lo que puede alcanzar; asolador de ciudades, islas y montañas; envidioso enemigo de la quietud; verdugo de vivos y despreciador de muertos y, tan avariento, que estando lleno de agua y de peces mueren en él de sed y de hambre.”

Enfrente de textos cual éste y otros análogos se podría y se debiera reunir la antología española del mar, aunque no se lograra sin esfuerzo y aunque resultase más rica en autores de los siglos XIX y XX que de los anteriores.

¿Me atrevería a proponer esta empresa al Almirante Guillén, convencido, como lo estoy, de que la realizaría magistralmente? Hoy, claro está que no, pues fuera osadía extemporánea, ya que, en lugar de abrumarle con nuevos trabajos, me cumple en esta fecha celebrar cuantos ha llevado a buen puerto, al recibirle, jubilosa y cariñosamente, en el umbral de esta Real Academia.

